

## LO DE LOS SELLOS

Valladolid.—Pongo á su disposición 5 pesetas, sintiendo en el alma no poder dar más. *La Revancha.*  
Madrid.—Daré 10 pesetas para lo de los sellos. *José Cintero.*  
Cinco pesetas añaído á la lista. *Odón Caro.*  
Puede contar con 5 pesetas para lo de los sellos. *B. Bernardó.*  
Ruego me suscriba por 2 pesetas mensuales para la realización de una obra tan plausible y original como todas las suyas. *C. Sahagún.*  
Ferrol.—Ahí van 25 pesetas para la suscripción del presente año, y la pequeña diferencia en favor de su propaganda. *J. M. Golpe.* (Quedan para lo de los sellos 19 pesetas.)

Laguna de Tenerife.—Tengo 5 pesetas para la gran idea de los sellos. *José Riquelme.*  
Posadas.—Cuenta para lo de los sellos con 2 pesetas mensuales de cada uno de nosotros. *Francisco Galán, Ricardo Pareja.*  
Madrileño.—Para lo de los sellos cuenta usted con 5 pesetas. *Antonio Gallego Fortuna.*  
Antequera.—Dedico por lo pronto 5 pesetas para la primera tirada de sellos. *M. Manuel Avilés.*  
Valdepeñas.—Disponga usted de 25 pesetas para sellos, deseando le sea posible realizar su grande obra. *Miguel A. Cabezas.*  
Barcelona.—Cuenta usted con 5 pesetas mensuales para los sellos. *Antonio Aguilar.*  
Piedrahíta.—A su disposición 5 pesetas. *Francisco García y Carvajal.*  
Navalmoral de la Mata.—Nos sumamos con los correligionarios que han acogido con aplausos su idea de los sellos, alegrándonos mucho que la lleve á cabo por sí mismo, pues nadie cuida mejor sus hijos que su propia madre, y cuenta con 5 pesetas de cada uno, á reintegrarnos en sellos. *Francisco Peralta, Alfonso González.*  
Alicante.—Cuenta usted con 25 pesetas. *Jaime Miguel Colomina.*  
Gallarta.—El círculo republicano ha acordado suscribirse de sus fondos con 10 pesetas para lo de los sellos. Por mi parte lo hago con otras 2. *Benito Barriocanal.*  
Para lo de los sellos cuenta con 2 pesetas mías, y para cuanto intente, con mi modesto apoyo moral y material. *Laureano Sagredo.*  
Una peseta, y siento no poder dar más, por ser un triste jornalero. *Francisco Ibañez.*  
Logroño.—Envío á usted esa libranza de 10 pesetas para la campaña, que creo provechosa, como cuanto escribe en su periódico. *Ricardo Infante.*  
Peñaranda de Bracamonte.—Cuenta usted con 10 pesetas de cada uno de los que firmamos al pie; esto sin perjuicio de aumentarla según se crea preciso, y de otra suscripción que haremos entre los correligionarios de ésta, y de cuyo resultado le avisaremos, todos á reintegrarnos en sellos. *Vicente Moreno, Salvador Gómez de Liaño, Luis de Dios, Jerónimo Gómez de Liaño.*  
Iván.—Puede usted disponer de 5 pesetas, y si fuera necesario, se mandaría más. *Faustino Gascon.*  
Un médico de pueblo que oía lo mismo á los santos de la Iglesia que á los santos políticos, pone á disposición de usted 25 pesetas para los sellos y más si hiciera falta para empleo útil. *L. R.*  
Port-Bou.—Leve adelante la obra y cuenta con 15 pesetas mías. *Juan Dalman.*  
Zaragoza.—Tengo hecho propósito de no banquetear tan sin sustancia el día 11 de Febrero, y creemos cumplir mejor poniendo á disposición de usted 10 pesetas para su excelente obra, que deseamos triunfe. *Alella Pardina, Emilio Alfonso.*  
Berrocal.—Envío á usted 2 pesetas para lo de los sellos. *Antonio Arenu.*  
Valencia.—Como me parece buena la idea de los sellos, me suscribo con 5 pesetas, sintiendo no poder mandarle más. *Mattias Lop Sánchez.*  
Sabiote.—Cuenta con 25 pesetas para lo de los sellos y anime la opinión á ver si cuaja tan buena idea. Si es preciso le mandaré más. *J. F. Medina.*  
Alcázar de San Juan.—Para el asunto de los sellos cuenta con 5 pesetas mías. *L. Z.*  
Belmez.—Adjunto 5 pesetas para lo de los sellos. Si la idea por demasiado buena no se lleva á efecto, dé usted á un desgraciado esa pequeña cantidad. *Hilario J. Solano.*  
Barcelona.—Le envío 3 pesetas para los sellos, 6 para lo que crea conveniente al objeto que perseguimos. *Emilio Garriga.*

Doy las gracias á los amigos que han enviado su cuota para los sellos, á pesar de haber yo recomendado que ninguno lo hiciera hasta ver si la cosa cuajaba.  
Pero vuelvo á rogar á todos que suspendan el envío, por si acaso no puede llevarse á efecto, aun cuando voy ya creyendo que sí.

## LO ABSURDO

Pueblo de Valencia, Sr. Blasco Ibañez. Cuanto se enteró éste, envió sus padrinos al director de aquel periódico, y salió para Madrid.  
Concertado el duelo á pistola, se verificó, resultando herido Blasco, de un balazo en la pierna derecha, que afortunadamente no ha tenido graves consecuencias.  
La *Correspondencia Militar* elogió el proceder caballeroso y correcto de Blasco, y los testigos su valor sereno y su generosa actitud en un incidente del duelo.

Pero una vez ventilada la llamada cuestión de honor, queda en pie esta: Blasco Ibañez no había tenido cuestión alguna particular con Fernández Arias; ni siquiera se conocían cuando el periódico que este señor dirige insultó con acritud é insistencia.  
Respondió Blasco en la forma que se acostumbra, enviándole sus padrinos; concertóse el duelo y él resultó herido; lo mismo podía haber resultado el otro.  
Y yo pregunto: ¿es posible que los periodistas continuemos, como hasta aquí, á merced del primero que quiera llevarnos al terreno de las armas? ¿Basta estampar un artículo ó un suelto insultante, que en este caso no pudo siquiera hallar disculpa en el calor de la polémica, pues que no la hubo, para obligar á que se juegue la vida un hombre, joven, de talento, de porvenir?  
Si mis informes son ciertos, los escritos mortificantes para Blasco vinieron de Valencia; Fernández Arias los insertó, tal vez por uno de esos compromisos políticos ó de amistad que todos tenemos, y antes que dar el nombre del autor, prefirió batirse él.

Indudablemente esto es lo correcto, pero no es lo justo. Lo justo hubiera sido que el autor del escrito, al ver que por su causa iban á batirse dos hombres, hubiese dado noblemente la cara, evitando así á Fernández Arias el riesgo á que se expuso, y poniéndose él en condiciones de firmar con una pistola las injurias y calumnias que no se había atrevido á firmar con una pluma.  
Se me dirá que el director de un periódico, en el momento que publica un artículo sin firma, se hace solidario de las ideas que contiene. Perfectamente; no he de discutirlo; todos lo hacemos, á veces por consideraciones que nunca debieran tenerse.  
¿Pero quita esto para que haya en este asunto un verdadero miserable, un indistinguible canalla, el que infringió la ofensa?  
Y que lo es, soy yo quien lo digo, pero es Fernández Arias quien lo ha demostrado. Al darle después del duelo la mano á Blasco Ibañez, hizo lo que lo cree caballero; y en el apretón aquel fué envuelta la condenación del que lo había insultado.  
Felicito á los dos, á Blasco y á Arias, por los incidentes del duelo, pero desprecio al cobarde que ha consentido que ellos se batan sin salir él á la palestra.

Remedio al mal  
Y ahora vamos con la verdadera cuestión, tomando pretexto de ese incidente. Blasco, después de insultado, pudo haber sido muerto.  
Y llegado este caso, ¿no hubiéramos sido moralmente responsables todos los periodistas, por no haber protestado á tiempo de las ofensas que sin justificación se le dirigieron?  
Sí, y mil veces sí. Al verle de aquella manera insultado, no ya uno, todos á la vez debimos condenar la forma inusitada de combatir en la prensa los que á ella nos consagramos.  
Hay que evitar que estos espectáculos se den en adelante. Esa Asociación de la Prensa debe demostrar que sirve para algo más que para confeccionar funciones en los teatros á beneficio propio, interponiéndose entre los ofensores y los ofendidos; debe amparar al periodista, sea socio ó no lo sea, que se vea atropellado de ese modo; debe impedir que puede llegarse al extremo, que es posible siguiendo al paso que vamos, de que ocho ó diez individuos dispongan de la honra y la vida de los demás.  
Pues nada más fácil que reclutar entre los que han hecho del duelo una profesión, una docena que sienten plaza de periodistas y se ingieran en tres ó cuatro periódicos. Con habilidad se va llevando al que se quiera eliminar á un terreno del que no pueda salir sino des-

honrado ó muerto, clamando: ¿ata ó se le deshonra.

No, esto no del sin embargos que esto llegue á imponerle, hay que pensar en algo que ponga salvo la vida y la honra; hay que acabar con los duelos por incidencias del oficio. Y si alguien nos insulta fiado en su buena puntería ó en que tiene ejercitado el brazo en el manejo de tal ó cual arma, acudamos á un tribunal de honor que le obligue á retractarse, ó que lo descalifique si se niega. Y si á pesar de esto siguen los insultos, ó son de tal índole que no podemos despreciarlos, nada de padrinos, nada de condiciones, un lugar retirado; armas las que cada cual elija, y el que resulte vivo, que procure escapar á la acción de la justicia. Así no lo logra, que vaya á presidio.

Esta hazaña no será digna de figurar entre las de la Tabla Redonda, pero hará pensar á nuestros dualistas en su seguridad personal. Y, en último caso, servirá para esto: para que la ley se aplique por igual al homicida de chaqueta que al de levita; al desvalido que al poderoso; al que mueve la pluma que al que maneja el azadón.

Y yo pregunto: ¿es posible que los periodistas continuemos, como hasta aquí, á merced del primero que quiera llevarnos al terreno de las armas? ¿Basta estampar un artículo ó un suelto insultante, que en este caso no pudo siquiera hallar disculpa en el calor de la polémica, pues que no la hubo, para obligar á que se juegue la vida un hombre, joven, de talento, de porvenir?  
Si mis informes son ciertos, los escritos mortificantes para Blasco vinieron de Valencia; Fernández Arias los insertó, tal vez por uno de esos compromisos políticos ó de amistad que todos tenemos, y antes que dar el nombre del autor, prefirió batirse él.

Indudablemente esto es lo correcto, pero no es lo justo. Lo justo hubiera sido que el autor del escrito, al ver que por su causa iban á batirse dos hombres, hubiese dado noblemente la cara, evitando así á Fernández Arias el riesgo á que se expuso, y poniéndose él en condiciones de firmar con una pistola las injurias y calumnias que no se había atrevido á firmar con una pluma.  
Se me dirá que el director de un periódico, en el momento que publica un artículo sin firma, se hace solidario de las ideas que contiene. Perfectamente; no he de discutirlo; todos lo hacemos, á veces por consideraciones que nunca debieran tenerse.  
¿Pero quita esto para que haya en este asunto un verdadero miserable, un indistinguible canalla, el que infringió la ofensa?  
Y que lo es, soy yo quien lo digo, pero es Fernández Arias quien lo ha demostrado. Al darle después del duelo la mano á Blasco Ibañez, hizo lo que lo cree caballero; y en el apretón aquel fué envuelta la condenación del que lo había insultado.  
Felicito á los dos, á Blasco y á Arias, por los incidentes del duelo, pero desprecio al cobarde que ha consentido que ellos se batan sin salir él á la palestra.

Remedio al mal  
Y ahora vamos con la verdadera cuestión, tomando pretexto de ese incidente. Blasco, después de insultado, pudo haber sido muerto.  
Y llegado este caso, ¿no hubiéramos sido moralmente responsables todos los periodistas, por no haber protestado á tiempo de las ofensas que sin justificación se le dirigieron?  
Sí, y mil veces sí. Al verle de aquella manera insultado, no ya uno, todos á la vez debimos condenar la forma inusitada de combatir en la prensa los que á ella nos consagramos.  
Hay que evitar que estos espectáculos se den en adelante. Esa Asociación de la Prensa debe demostrar que sirve para algo más que para confeccionar funciones en los teatros á beneficio propio, interponiéndose entre los ofensores y los ofendidos; debe amparar al periodista, sea socio ó no lo sea, que se vea atropellado de ese modo; debe impedir que puede llegarse al extremo, que es posible siguiendo al paso que vamos, de que ocho ó diez individuos dispongan de la honra y la vida de los demás.  
Pues nada más fácil que reclutar entre los que han hecho del duelo una profesión, una docena que sienten plaza de periodistas y se ingieran en tres ó cuatro periódicos. Con habilidad se va llevando al que se quiera eliminar á un terreno del que no pueda salir sino des-

honrado ó muerto, clamando: ¿ata ó se le deshonra.

No, esto no del sin embargos que esto llegue á imponerle, hay que pensar en algo que ponga salvo la vida y la honra; hay que acabar con los duelos por incidencias del oficio. Y si alguien nos insulta fiado en su buena puntería ó en que tiene ejercitado el brazo en el manejo de tal ó cual arma, acudamos á un tribunal de honor que le obligue á retractarse, ó que lo descalifique si se niega. Y si á pesar de esto siguen los insultos, ó son de tal índole que no podemos despreciarlos, nada de padrinos, nada de condiciones, un lugar retirado; armas las que cada cual elija, y el que resulte vivo, que procure escapar á la acción de la justicia. Así no lo logra, que vaya á presidio.

Esta hazaña no será digna de figurar entre las de la Tabla Redonda, pero hará pensar á nuestros dualistas en su seguridad personal. Y, en último caso, servirá para esto: para que la ley se aplique por igual al homicida de chaqueta que al de levita; al desvalido que al poderoso; al que mueve la pluma que al que maneja el azadón.

Y yo pregunto: ¿es posible que los periodistas continuemos, como hasta aquí, á merced del primero que quiera llevarnos al terreno de las armas? ¿Basta estampar un artículo ó un suelto insultante, que en este caso no pudo siquiera hallar disculpa en el calor de la polémica, pues que no la hubo, para obligar á que se juegue la vida un hombre, joven, de talento, de porvenir?  
Si mis informes son ciertos, los escritos mortificantes para Blasco vinieron de Valencia; Fernández Arias los insertó, tal vez por uno de esos compromisos políticos ó de amistad que todos tenemos, y antes que dar el nombre del autor, prefirió batirse él.

Indudablemente esto es lo correcto, pero no es lo justo. Lo justo hubiera sido que el autor del escrito, al ver que por su causa iban á batirse dos hombres, hubiese dado noblemente la cara, evitando así á Fernández Arias el riesgo á que se expuso, y poniéndose él en condiciones de firmar con una pistola las injurias y calumnias que no se había atrevido á firmar con una pluma.  
Se me dirá que el director de un periódico, en el momento que publica un artículo sin firma, se hace solidario de las ideas que contiene. Perfectamente; no he de discutirlo; todos lo hacemos, á veces por consideraciones que nunca debieran tenerse.  
¿Pero quita esto para que haya en este asunto un verdadero miserable, un indistinguible canalla, el que infringió la ofensa?  
Y que lo es, soy yo quien lo digo, pero es Fernández Arias quien lo ha demostrado. Al darle después del duelo la mano á Blasco Ibañez, hizo lo que lo cree caballero; y en el apretón aquel fué envuelta la condenación del que lo había insultado.  
Felicito á los dos, á Blasco y á Arias, por los incidentes del duelo, pero desprecio al cobarde que ha consentido que ellos se batan sin salir él á la palestra.

Remedio al mal  
Y ahora vamos con la verdadera cuestión, tomando pretexto de ese incidente. Blasco, después de insultado, pudo haber sido muerto.  
Y llegado este caso, ¿no hubiéramos sido moralmente responsables todos los periodistas, por no haber protestado á tiempo de las ofensas que sin justificación se le dirigieron?  
Sí, y mil veces sí. Al verle de aquella manera insultado, no ya uno, todos á la vez debimos condenar la forma inusitada de combatir en la prensa los que á ella nos consagramos.  
Hay que evitar que estos espectáculos se den en adelante. Esa Asociación de la Prensa debe demostrar que sirve para algo más que para confeccionar funciones en los teatros á beneficio propio, interponiéndose entre los ofensores y los ofendidos; debe amparar al periodista, sea socio ó no lo sea, que se vea atropellado de ese modo; debe impedir que puede llegarse al extremo, que es posible siguiendo al paso que vamos, de que ocho ó diez individuos dispongan de la honra y la vida de los demás.  
Pues nada más fácil que reclutar entre los que han hecho del duelo una profesión, una docena que sienten plaza de periodistas y se ingieran en tres ó cuatro periódicos. Con habilidad se va llevando al que se quiera eliminar á un terreno del que no pueda salir sino des-

honrado ó muerto, clamando: ¿ata ó se le deshonra.

No, esto no del sin embargos que esto llegue á imponerle, hay que pensar en algo que ponga salvo la vida y la honra; hay que acabar con los duelos por incidencias del oficio. Y si alguien nos insulta fiado en su buena puntería ó en que tiene ejercitado el brazo en el manejo de tal ó cual arma, acudamos á un tribunal de honor que le obligue á retractarse, ó que lo descalifique si se niega. Y si á pesar de esto siguen los insultos, ó son de tal índole que no podemos despreciarlos, nada de padrinos, nada de condiciones, un lugar retirado; armas las que cada cual elija, y el que resulte vivo, que procure escapar á la acción de la justicia. Así no lo logra, que vaya á presidio.

Esta hazaña no será digna de figurar entre las de la Tabla Redonda, pero hará pensar á nuestros dualistas en su seguridad personal. Y, en último caso, servirá para esto: para que la ley se aplique por igual al homicida de chaqueta que al de levita; al desvalido que al poderoso; al que mueve la pluma que al que maneja el azadón.

Y yo pregunto: ¿es posible que los periodistas continuemos, como hasta aquí, á merced del primero que quiera llevarnos al terreno de las armas? ¿Basta estampar un artículo ó un suelto insultante, que en este caso no pudo siquiera hallar disculpa en el calor de la polémica, pues que no la hubo, para obligar á que se juegue la vida un hombre, joven, de talento, de porvenir?  
Si mis informes son ciertos, los escritos mortificantes para Blasco vinieron de Valencia; Fernández Arias los insertó, tal vez por uno de esos compromisos políticos ó de amistad que todos tenemos, y antes que dar el nombre del autor, prefirió batirse él.

Indudablemente esto es lo correcto, pero no es lo justo. Lo justo hubiera sido que el autor del escrito, al ver que por su causa iban á batirse dos hombres, hubiese dado noblemente la cara, evitando así á Fernández Arias el riesgo á que se expuso, y poniéndose él en condiciones de firmar con una pistola las injurias y calumnias que no se había atrevido á firmar con una pluma.  
Se me dirá que el director de un periódico, en el momento que publica un artículo sin firma, se hace solidario de las ideas que contiene. Perfectamente; no he de discutirlo; todos lo hacemos, á veces por consideraciones que nunca debieran tenerse.  
¿Pero quita esto para que haya en este asunto un verdadero miserable, un indistinguible canalla, el que infringió la ofensa?  
Y que lo es, soy yo quien lo digo, pero es Fernández Arias quien lo ha demostrado. Al darle después del duelo la mano á Blasco Ibañez, hizo lo que lo cree caballero; y en el apretón aquel fué envuelta la condenación del que lo había insultado.  
Felicito á los dos, á Blasco y á Arias, por los incidentes del duelo, pero desprecio al cobarde que ha consentido que ellos se batan sin salir él á la palestra.

Y dice Eusebio Blasco: «Se ha hecho por los explotadores del terror de los ricos una industria, un negocio, una exhibición de riquezas, de aquella religión predicada por el Cristo descalzo seguido de sus humildes pescadores.»  
Pues oiga Eusebio Blasco lo que pasa en la capital de la villa «luminosa». En el almanaque para 1900 de los «Amigos de San Antonio de Padua», se lee:  
*Indicaciones para los viajeros que se dirigen al infierno.*  
Salida: á todas horas.  
Llegada segura á la estación de Sin Vuelta Tren rápido.—Primera clase: odio á Dios, apostasía, vida criminal, vida de avaricia y lujuria, propaganda del vicio y del crimen, sacrilegios, persecución de la Iglesia y de los servidores de Jesucristo.  
Tren especial.—Primera y segunda clase: teatros, bailes, juego, masonería, blasfemias, violación abierta y obstinada de las leyes de Dios y de la Iglesia, vendedores de malos libros y de periódicos libertades.  
Tren omnibus.—Primera, segunda y tercera clase: profanación del domingo, vida mundana de placer y orgullo, escándalos, pecados contra el Espíritu Santo, vida de holganza y sin obras para la Iglesia, perfidias secretas, abandono de la Iglesia y alianza cobarde con los enemigos de Dios, prostituirse á los siete principes del infierno, que son los siete pecados capitales.  
Avisos esenciales.  
1. No hay billetes de ida y vuelta.  
2. La compañía no responde de la suerte de los viajeros en la última estación.  
3. En la última estación se entra envuelto en una mortaja, sin placer, sin dinero, sin botellas y sin guisado. (Nó.)  
4. Lucifer recibe toda clase de personas: ricas, pobres, sabias, ignorantes, desde que caen entre sus manos en estado de pecado mortal.  
Pues oiga Eusebio Blasco lo que pasa en el Brasil con el propio San Antonio de Padua:  
«San Antonio de Padua es acreedor del tesoro brasileño por la suma de 60.000 reis, sueldo de un mes de un teniente coronel del ejército del Brasil, grado que el padre San Antonio disfrutaba desde la dominación portuguesa.  
El santo ha cobrado hasta 1897, sin alteración alguna, por medio del prior de San Bento.»  
Y dice Eusebio Blasco: «La iglesia está decorada con lujo; los

santos alumbrados por luz eléctrica: el órgano, que ha costado, según dicen, diez ó doce mil duros, sólo suena en momentos determinados. Una misa encargada por un particular, en la que haya de sonar el órgano aquél, cuesta treinta pesetas.  
«Oh modestos párrocos de las aldeas, que tenéis cincuenta pesetas de sueldo al mes; si vierais estas iglesias de los jesuitas, y este lujo, y esta concurrencia de señoras que acuden por la tarde elegantemente vestidas á dejar su dinero en la fastuosa casa! A esto llaman religión en Madrid. La misa de lujo en las Calatravas; la tarde de lujo en los jesuitas; un cordón de luz eléctrica que alumbrase la estupenda custodia de los dos millones...»  
Pues oiga Eusebio Blasco lo que pasa en la capital de la villa «luminosa».  
«Moderno estilo.—Habíamos visto en la iglesia el cirio pasenal reemplazado por la luz de Edison; el viejo canto gregoriano, tan grave, reemplazado por la música moderna, maldita por Huysmans; las ceremonias del culto transformándose en fiestas casi alegres; pero el *dernier cri* de la moda es lo que se ve en la iglesia de la Magdalena cuando la multitud va á oír al padre Frémout. Una semiobscureidad encubre la iglesia cuando el predicador sube al púlpito, y desde arriba un reguero de luz eléctrica cae sobre la silueta del orador sagrado, que aparece en plena luz como la Otero en Folies Bergère.»  
Pues oiga Eusebio Blasco lo que pasa en los principales hoteles de la capital de la villa «luminosa».  
Ya hacía tiempo que yo no iba al Grand Hotel; por eso fué grande mi sorpresa... En una de las paredes del vistoso patio, invadido por cocottes de todos precios, había un cartelón religioso, que rezaba así:  
*Les gens Oratoires à Peytse S. Emtache. Directeur: M. Christian de Berber. Première serie de cinq auditions. Première audition. Jeudi 18 Janvier 1900 à 8 3/4 du soir. Les Messies. Hoendel. Soli, chœurs, orchestre: 300 à 400 exécutants Sous la direction de M. Eugène Hartcourt. Chef de Chœurs. Sous-Chef d'orchestre. M. Ch. Bordes. M. Steeman. Le gran orgue sera temps par. M. H. DALLIER. Abonnement par ces 5 premières auditions. Dand l'oeuvre. 100 fr.—Grande Nef. 60 fr.—Nefs laterales. 30 fr.—Pourtour du choeur. (Debout) 10 fr.*  
La primera audición fué un *teno*. ¡Y qué lleno!... De princesas como la de Beauvean, de duquesas como la de Bisaccia, de marquesas como la de Luthersac, de artistas como la Otero, de cocottes como Emilienne d'Alençon, de todo el *smat* del *fronfron*, de todas las distinguidas enaguas de París, exhalándose de entre sus pliegues el lascivo olor del vinagrillo amoroso con que los hermosos cuerpos se fregotearon las intimidades en los bidés caseros...  
Y si estas cosas y otras más peliagudas pasan en París de Francia, en el «cerebro del mundo», en el «Verbo de la Humanidad», ¿qué quiere Blasco que ocurra en esa cueva de crinas y frailes que se llama España? Sermones de tono y tono vomitados por el padre Lluell; un Núñez, republicano y federal, negando su impronta al *Combate*, de Salamanca, «porque el señor obispo prohibió la lectura de dicho periódico»; una difunta, Faustina Villanueva, insepulta «porque el juzgado municipal se niega á conceder la licencia de enterramiento civil por constarle que la difunta no profesaba la religión católica»; un Te Dema, en fin, cantado por Sánchez de León, según se deduce de este epigrama:  
TE DEMA.—SANCHEZ DE LEON  
En un país así, donde la chusma de periodistas anda pegada á los bidones de un Fernandillo, porque éste ofreció premiar con 500 pesetejos un cuento literario; donde se telegrafía á *Las Noticias* de Barcelona que el señor Villaverde «cumplió como caballero» por haber enviado cien tabacos que perdió en apuesta con el señor Rivera; en un país tan raquítico, tan rebajado y tan ignorante, el clero tiene que vivir cebado, como se ceba la rata en la alcantarilla...  
Luis BONAFoux

POP. QUE NO HAY REPUBLICA EN ESPAÑA  
Es un hecho verdaderamente extraño lo que ocurre en nuestro país. La inmensa masa del pueblo es republicana, la clase media en su mayoría es republicana también, las mismas clases aristocráticas no tienen entusiasmo por la monarquía. Aquí no hay más monárquicos que los que cobran, y éstos no lo son por amor á la institución, defienden ésta por la cuenta que les tiene. Si á todos los que cobran nómina se les asegurara el percibo del haber bajo un régimen republicano, lo aceptarían gustosos. Lo mismo puede decirse de esos caciques de que se valen los partidos dominantes para amañar las elecciones y explotar á los pueblos. Si la República les asegurara la dominación que hoy ejercen se harían republicanos, como se harían moros si éstos ejercieran el poder en España.

Por intervención de una medalla mil-grasa dice que un protestante se ha convertido en el hospital de Sevilla al catolicismo, momentos antes de espichar. Con tal motivo, el gallinero no está alborotado de entusiasmo.  
Pues que envíen para acá no una, un carro de medallas y á ver si consiguen que cante yo la palinodia. Y entonces sí que podrán regocijarse en grande.  
¿A que no las mandan, á pesar de estar convencidos de que son archipiscuamperfectamente mil-grasos y celestistas?

CRÓNICA  
La decantada regeneración de España es un hecho.  
No pasa día sin que tengamos una prueba de ello.  
A fuerza de tanto pedir reformas, las gentes se han ido convenciendo de que así no se podía vivir y de que estábamos pasando ante los pueblos de Europa por un país estacionario é inerte, y parece que todos de acuerdo nos hemos propuesto volver por nuestro antiguo

AYUNTAMIENTO DE MADRID

buen nombre, reanudando la historia de nuestras pasadas grandezas.

Y definitivamente, hemos vuelto a colocarnos en la misma situación en que estábamos allá por los años del 35 al 50.

En las calles de Madrid se roba y se atraca a los transeúntes con una frecuencia y una impunidad encantadoras. Sale de su casa cualquier ciudadano católico en estos días de invierno bien abrigado y envuelto en su capa, y regresa de sus quehaceres en mangas de camisa tan fresco.

Las tiendas se ven asaltadas y saqueadas por cuadrillas de ladrones que roban con un arte, un primor y una gracia admirables; el mismísimo Candelas, de grata memoria, no ideaba golpes de mano más arriesgados y graciosos que los que ahora se han dado en algunos establecimientos situados en los sitios más céntricos de la capital.

De crímenes pasionales no nos podemos quejar; no pasa día sin uno ó dos.

¿Y los desafíos? Esto es el cuento de no acabar. Jamás la gente se ha pirado tanto de punto de honor como ahora. Por un quitame allá esas pajas se aguerrecen la piel dos caballeros de la buena sociedad. Por la cosa más insignificante se baten los periodistas. Es una delicia esto.

Que el honor de nuestros ilustres antepasados ha decaído siempre de la fuerza del brazo, es cosa sabida; por eso debemos regocijarnos de ver cómo ahora volvemos a los hábitos y á los usos que tan gloriosa fama dieron á nuestros ascendientes, que sólo se pagaban de ser bravos. A un español ilustre podía dispensarse de no conocer el a b c, de ser más ignorante que un guardacantón; pero de ser cristiano viejo, fervoroso católico, y de haber lavado con sangre las ofensas que le hubieren inferido... ¡eso no!

Sigamos, sigamos sus huellas, ahora que hemos convenido en que la regeneración de España es necesaria y que la reforma de las costumbres sociales se impone. ¿Para qué hemos de ir á buscar en lo nuevo lo desconocido, teniendo lo antiguo tan á mano y tan fácil de imitar?

Si esta conducta hemos de seguir, si por esos medios queremos llegar á la conquista de nuestra grandeza consignada en historias y leyendas de antigua caballería, bien ha hecho la restauración con su política jesuítica matando en el pueblo todos aquellos entusiasmos que dieron origen á la revolución; bien haya el fracaso de ésta que no consiguió dejar consolidada sobre bases firmes una obra duradera y estable de reformas en las costumbres sociales y en el régimen político, porque con ello hubiéramos perdido los medios de llegar á esta situación actual, que en tan buen camino ha puesto á España para llegar á su engrandecimiento moral y prosperidad material.

Dentro de media docena de años estaremos en pleno siglo xx.

La monarquía estará en todo el apogeo de su esplendor.

La Iglesia católica grande, omnipotente, indiscutible.

Los ministerios y los altos cargos públicos desempeñados por generales y obispos.

Y el país completamente feliz y regenerado.

¡Saludemos con regocijo esta aurora que se nos presenta al nuevo despertar de las energías de nuestra raza!

José CINTORA

LA REACCIÓN

Los que, como Auguste Sañz y Figueron, se han atrevido á decir que la reacción era un tópico literario que usábamos los demócratas sin que tuviera realidad alguna, parece que habrán cambiado de opinión ante el espectáculo ofrecido por nuestro parlamento en la discusión de la subvención que da el Estado á la jesuítica compañía de la Transatlántica.

Excepto dos ó tres oraciones que demostraron el privilegio que esa subvención representaba, y lo oscuras y perjudicial que resultaba para la Hacienda y la marina mercante, hoy necesitada de gran protección para que pueda desarrollarse en toda la amplitud necesaria, todos han votado en pro del capítulo de la Transatlántica, no por los servicios que ésta pudiera prestar, sino por las personas que forman la empresa de la citada compañía, jesuitas todos, sino de traje talar de levita al menos.

La Transatlántica ha hecho á cuenta del Estado y con perjuicio de la verdadera marina mercante, un negocio colosal, gracias á las estúpidas complacencias de los que pomposamente se titulan liberales.

A tal extremo han llegado estas últimas, que á pesar de que etras compañías, la de Jover por ejemplo, se ofrecieron á repatriar á nuestros soldados y á conducirlos á las perdidas colonias por un tipo más bajo y en mejores condiciones que la Transatlántica gozando ésta de una subvención de ocho millones de pesetas, consiguieron que ésta realizase su colosal negocio empujando á nuestros infelices combatientes, todo por

no reñir con Comillas y compañía, que á diario esparcían dinero de escasez que el Estado liberal le da humildemente, para combatir á todos los gobiernos que transigen con el art. 11 de la Constitución, á tanta costa ganado por nuestros padres.

¡No dice esto nada! ¡Es que las donas compañías, Jover, Ibarra, etc., no aumentan su marina sin necesidad de que las subvencione el Estado! ¡No compiten en sus flotas con la Transatlántica! Si esto es así, naturalmente hay que deducir que esa subvención no es hija del deseo de que nuestra marina mercante adquiera toda la preponderancia á que tiene derecho, puesto que palpablemente se ve que las compañías no favorecidas se desarrollan y compiten con la privilegiada, sin percibir del Estado ningún género de auxilio, antes al contrario, teniendo que luchar contra la protección que éste presta á una empresa como la de la Transatlántica.

A un miedo estúpido obedece ese privilegio escandaloso que, esquilmando el bolsillo del contribuyente, va á parar á todos los buchinches donde se revuelven traucundos los enemigos de la Libertad. Miedo no más al jesuita que se ha apoderado de las alturas, y que hoy da el poder y mañaña lo quita.

Silvela defiende á la Transatlántica por miedo á que el padre Montaña le jargue la partida. Sagasta no vota por miedo á que el jesuita, en venganza de su proceder, le dé la personalidad á que aspira su ex-corrreligionario Gamazo. Y así, al combatir ese capítulo ó al defenderlo, todos han pensado en la negra silueta del despreciable jesuita, que á ciencia y paciencia de los mal llamados liberales, se ha apoderado de los resortes omnipotentes de esta desraaciada nación.

La fraileocracia se nos come.

Vuelven los tiempos del padre Nithar.

La religión no ganará adeptos por mucho poder que alcancen los discípulos de Loyola, porque ha muerto en las conciencias, pero es indudable que la reacción arrea y amenaza con cantarnos el *Miserere* de nación culta y liberal.

A la guerra se contesta con la guerra.

Las represalias no pueden producir más que represalias.

Antes que se repita en nuestra patria la Saint Barthelemy, bien podemos hacer por vía de ensayo una nueva función en toda España, igual á la que presencié con gran regocijo el pueblo madrileño el año 34.

EMILIANO IGLESIAS

El diputado republicano señor Zabala ha negado en el Congreso la afirmación que hizo el carlista Cruz Ochoa en el Senado, de que él había protestado, al presenciarnos, de los malos tratamientos dados por la Guardia civil á los carlistas presos á consecuencia del descubrimiento de un depósito de armas.

Me alegro de esta declaración del señor Zabala, por el mal efecto que produce en los republicanos la del Ochoa, que, como buen carlista y además canónigo, no tuvo inconveniente alguno en faltar al octavo mandamiento para perjudicar á un correligionario nuestro.

LA RED

Está bien tendida; hay que confesarlo. La siguiente relación prueba que se trabaja por los jesuitas en todas partes.

Opúsculos repartidos gratuitamente en Madrid por el APOSTOLADO DE LA PRENSA en 1899.

Table with 2 columns: Item description and Amount. Includes items like 'A los socios de las conferencias de San Vicente para sus pobres', 'A los presidios y cárceles de Madrid', etc.

Todos esos opúsculos van contra la prensa, el progreso, la libertad en todas sus manifestaciones; propagan patrañas, fomentan la ignorancia, esparcen la inmundicia, y, sin embargo, los reparten en cárceles, presidios, hospitales, asilos, cuarteles y otros puntos donde hay funcionarios que el Estado liberal paga.

En el reparto de esos papeles, han sido cómplices las conferencias de San Vicente de Paul, algunos capitanes de regimiento, las señoras de honor y mérito de las escuela-

las de los patronatos, de la doctrina y demás instituciones carloalfonsoinas, y algunos señores como el director del Observatorio Astronómico, el Sr. Gil, durante de la cuenta, conspirando contra el Estado que lo mantiene, año y año.

Y en tanto mejor y ocurre, nosotros, los liberales, sin ilegítimas comparas á los neos en misas, circos y novenas, y sosteniendo que no es la religión y otra la política.

¡Rebato de imbéciles! Mereceríamos que se apoderasen con el poder, y resacasen la Inquisición, hasta que no quedáramos un viviente. Para lo que perdería el país...

Rumores gravísimos

«La Compañía Transatlántica que acaba de obtener una paguá subvención en pago de sus servicios al gobierno, no se contenta con los millones de regalía, sino que á espaldas de la ley ha venido haciendo en Cádiz unos negocios muy sucios con sus abastecedores, si hemos de creer los rumores que circulan.

Se cuenta una historia repugnante, y fuerza es hacerla eco de ella, porque sus protagonistas merecen la más absoluta desconfianza de la opinión y son capaces de cualquier cosa.

Vamos al grano.

Paréceme que se ha descubierto un fraude importantísimo en el ramo de Aduanas, que importa una suma de millón y medio de pesetas.

Es un hecho que el digno Interventor del ramo está formando expediente, y se dice que ha sido percibida la Delegación de la Transatlántica para que enseñe sus libros, y que ésta se ha negado á ello para no comprometer á unos cuantos altos funcionarios de la Casa, los cuales son sin duda cómplices en los hechos que se van á esclarecer.

Suenan en el asunto los nombres de Macpherson, Luis de la Torre y otro comerciante de esta plaza.

Asegúrase que en estos días se está simulando ventas de ciertas fincas con objeto de alajar responsabilidad subsidiaria á los comprometidos en el negocio.

Se dice también que los fraudes se han cometido en esta Aduana y en el Trocadero.

Son muchos más los horrores que circulan. De todos procuraremos informarnos y en sucesivos artículos contaremos clara y detalladamente la verdad de esta historia, nuevo Panamá gaditano que quizis conduzca á presidio á unos cuantos que hoy parecen personas decentes.»

Esto dice *La Lucha* periódico de Cádiz, en su número correspondiente al 28 de Enero último, llamando en otro lugar la atención del ministro de Hacienda para que nombre un Visitador especial que gire una visita á la Aduana con el fin de que se aclaren los fraudes hechos por los abastecedores de la Transatlántica, ordenando de paso á los abogados del Estado que no practiquen liquidación alguna que se refiera á aquéllos, toda vez que algunos están vendiendo sus bienes, terminando así:

«Nota.—Fraude, pesetas 1.500.000.

Gratificaciones que dicen para tapar, pesetas 500.000.

«Si cuando un pobre roba un pan, va á la cárcel, ¿dónde deben ir estos caballeros?»

Señores diputados republicanos. Bien merece la pena de tocar ese asunto en el Congreso.

¡A la carga! Sirvan ustedes alguna vez para algo práctico.

Las perifrasis y el duelo

Demostrar lo absurdo del duelo es perder el tiempo, puesto que sobre este punto todo el mundo está de acuerdo. Hay, sin embargo, cierta jurisprudencia respecto de los lances de honor, que muestra la tontería humana en todo su esplendor.

Si en una discusión acalorada decimos: «Usted sabe que lo que dice es inexacto», los más escrupulosos jóvenes reconocerán que no hay en esas frases motivo para un duelo. Pero si decimos: «Usted mintió», todo el mundo estará conforme en que el duelo es necesario.

Las dos frases tienen el mismo sentido, la ofensa es la misma, pero falta en el primer caso la frase sacramental.

Algo de esto ocurre cuando se recibe un bofetón. En tal caso hay que batirse inmediatamente; pero no corre tanta prisa si en vez de un bofetón ha sido un puñetazo.

Gran parte de los duelos tienen por causa lo que se ha convenido en llamar malandanzas conyugales. Si un bribón y una perdida se ponen de acuerdo para engañar (tampoco es ésta la palabra propia) á un hombre de bien, es preciso que este hombre de bien se haga matar por aquel bribón.

Cierto que puede ocurrir que el pilla muera á manos del hombre honrado, porque el duelo, como todas las guerras,

es de éxito dudoso: pero es más verosímil la primera hipótesis, puesto que los libertinos suelen pasarse la vida en las salas de armas. Es su oficio matar ó engañar á los hombres honrados.

El mundo es indulgente con ellos; los condena, pero los admira. En cuanto al pobre marido, está perdido irremisiblemente si no se bate, y, aun batiéndose, apenas si logra escapar al ridículo.

Las perifrasis son, sin duda alguna, muy molestas en el estilo; pero ¡cuán útiles son en la vida! Podéis decir á un hombre que es traidor, perdido, miserable, bajo, siempre que uséis frases convenientes. Todo es cuestión de forma...

Quizá me diréis que esto es absurdo, y que si siempre se obrase en razón, la vida sería muy fastidiosa. Cierto; pero tanto se va contra la razón, que á veces resulta el convencionalismo social insostenible.

JULIO SIMÓN

El carlismo en Navarra

Relación de las casas de religiosas y religiosas e tablerías en la diócesis de Pamplona:

En Pamplona: un convento de Capuchinas, otro de Carmelitas Descalzas, otro de Escapadas, Misioneras de I. C. de María, Redentoristas, Agustinas de San Pedro, Agustinas Recoletas, Carmelitas Descalzas, Dominicas, Salas, Alartrices, Hermanitas de los Pobres, Siervas de María, Josefinas, Ursulinas y Hermanas de la Caridad.

En Marbella: Agustinas Recoletas.

En Singüenza, Estella y Lecároz: Capuchinas.

En Javer, Jesuitas, en Baice, Maristas; en Vera, Tafalla, Estella é Ibañeta, Escapadas; en Oñe, Franciscanas.

En Puente la Reina, Sanchoa y Alda, Agustinas; en Estella y Lumbier, Benedictinas; en Estella, Oñe y Lecumberri, Clarisas; en Lesaca, Carmelitas; en Villava, Dominicas; en Arizcun, Los-arcos, Estella y Tafalla, Franciscanas; en Los-arcos, Sangüesa y Vera, de la Enseñanza; en Tafalla, Rinzando, Lumbier, Falces, Artajona y Tafalla, Hermanas de la Caridad; en Parate, Dimas de la Reunión del Sagrado Corazón y Hermanas de la Caridad; en Tafalla, Hermanitas de los Pobres; en Estella y Allo, Hermanas de Santa Ana, y en Arguesu, Hijas de la Cruz.

Después de leer esta relación, creo que no habrá quien sostenga que el carlismo ha desaparecido de Navarra.

Como no habrá quien se atreva á desmentir al que afirma que cuenta allí con tantos fuertes, como edificios he citado. Y ahora, liberales, continuemos dando dinero á frailes y curas para que lo empleen en balas destinadas á arrebatar la vida á nuestros hijos.

¡Y viva la religión!

El diablo en el convento

DE LAS REPARADORAS

Es un desengaño terrible el que hemos sufrido ante el hecho que ocurrió el lunes en el convento de las monjas Reparadoras. Nosotros, al ver cómo Madrid se cubría de conventos y se poblaba de iglesias, teníamos la esperanza de que ya que no nos proporcione el exajerado misticismo de que somos víctimas, riquezas materiales, nos proporcionara ventajas morales. Al menos, decíamos, nos veremos libres de las asechanzas del diablo. Nunca imaginamos que este señor se atreviera á penetrar en la corte de las Españas cuando tantas cruces se alzan en calles y plazas convirtiendo á la villa en un cementerio, pero todos nuestros cálculos resultan fallidos desde el momento que el pérfido Lúizel se atreve á penetrar en los mismos conventos de monjas.

Vamos al caso. En el convento de las Reparadoras se ha suicidado una monja, Consuelo Elejaste, que se arrojó desde una altura buscando la muerte. Es indudable que sólo el demonio pudo inspirarla tal resolución. La Iglesia condena el suicidio y á la falta de fe religiosa se atribuye el que éste sea frecuente. Resulta, pues, que á pesar de los ayunos y penitencias á que las monjas se someten, á pesar de las cruces y agua bendita que abunda en los conventos y á pesar de las oraciones y letanías que las esposas de Dios recitan, el diablo encuentra medio de introducirse en el cuerpo de ellas inspirándolas resoluciones tan fatales como la que sugirió á la desgraciada sor Consuelo.

El hecho es tanto más notable, cuanto el suicidio se explica, aunque no se justifique, en el que sostiene lucha ruía por la vida; pero una monja no tiene que sostener lucha alguna. Dentro del convento tiene asegurada la alimentación, el vestido, todo lo necesario para satisfacer las necesidades físicas; no tiene tampoco necesidades morales puesto que dejó todos los afectos en el dintel del convento y al desposarse con Dios renunció á querer á persona alguna en el mundo. ¿Qué puede inducir á una monja al suicidio? La tentación demoníaca, únicamente el influjo de Satanás, que ahora se mostrará orgulloso por haber conquistado una esposa del Señor.

En otras ocasiones puede también explicarse el suicidio de una monja por

contrariedades en sus relaciones (puramente místicas) con el confesor, por haber recibido malos tratos de sus compañeras, por haberla sometido á algún suplicio la Superiora, ó por cualquiera de esas vejaciones terribles que abundan más aun en los conventos que en el mundo profano; pero aquí no ha sucedido nada de esto. Si hubiera ocurrido el juzgalo lo hubiese averiguado y hoy sería del dominio público.

Lo más lamentable es que no sólo se ha apoderado el diablo de la monja suicida, sino que ha penetrado en el cuerpo de todas las que componen la comunidad y hasta ha llegado á penetrar en el respetable Dr. Mariani, que es el médico de las esposas de Dios. Decimos esto, porque con motivo del suicidio de la monja se han dicho muchas cosas contrarias á la verdad, y como el mentir es un pecado y el pecado lo inspira el demonio, resulta que este señor anda metido entre la respetable comunidad de Reparadoras, incluso su distinguido médico.

Nosotros no sabemos á ciencia cierta quién es el que ha mentido, pero resulta de la versión de los periódicos que las monjas dijeron primero al médico de la Casa de Socorro que Consuelo cayó de una galería habiendo presenciado la caída otra monja que tenía ropa en la galería ó en frente, y el doctor Mariani ha dicho después que la suicida cayó del tragaluz de la escalera. El doctor Mariani dice que por su ayudante se advirtió á la Superiora era preciso dar cuenta al juzgado, y un señor sacerdote recibió el encargo de efectuarlo, mientras que la Superiora avisa á la Casa de Socorro y no dice nada del reconocimiento del ayudante de Mariani.

Añadan á todas estas contradicciones el misterio que se guardó en el juzgado, negándose á dar noticias á los periódicos y se comprenderá que en todo esto ha andado el mismísimo Lucifer.

Tenemos verdadera compasión á las monjas Reparadoras. Malo es que el diablo se haya metido entre ellas. Mucho tememos que vayan todas al infierno, á pesar de su fervor religioso.

Y esto no podrá evitarlo el doctor Mariani con rectificaciones en los periódicos.

CAZALLA

LA FARSA CLERICAL Y LA PRENSA

Por si no hubiera llegado á su conocimiento, señor Nakens, el *modus vivendi* que explota un señor encuadernador, adjunto el artículo publicado por *El Correo* de anoche y que titúlase *El niño milagroso*. Esta tarde me he convencido de la realidad, porque aunque no he entrado en el oratorio, he visto la parábola, muchos particulares y de punto que había establecido en la calle que se menciona. Recuerdo á usted que distraiga algunos minutos en observar la llegada de lujosos trenes y el acceso al santuario.

Una pregunta: ¿Será el encuadernador el exclusivo explotador? Me figuro que, como Mahoma, tendrá cómplice.

Bien mirado, ¿en qué se pueden emplear mejor las riquezas que se regalárselas á un niño de Dios de talla, aunque los hijos de Dios vivos se mueran de hambre?

Me convenzo cada vez más de que es imposible la regeneración. Si malos son los de arriba, somos peores los de abajo. No existe amor propio en los que podríamos cortar de raíz el mal que nos destruye. El pueblo bajo es miserable, cabarete, envidioso y servil, y para él no hay más libertad, ni más aspiración que el menudaje y el vaso de vino, verde de donle viniere. Demostración de ello, el puñado de inconscientes que se inscriben en los círculos católicos, airados por los premios y las limosnas. Si se abriera una información de muchos de sus socios, ¡no saldría nada á luz! Pero los obreos no formarán nunca tribunales de honor para juzgar á sus compañeros y desenmascararlos.

¡Buen fin de siglo! Vamos retrocediendo al reinado de Carlos II.

Un recuerdo, para ver cómo entienden ciertas gentes el amor al prójimo. Mandé unas circulares, hace tres años, á la Junta de damas, grandeza, y al señor Recur, pidiendo auxilios á una sociedad de socorros para obreros, y me contestaron que no podían distraer fondos. Y eso que les hacía presente que la existencia de la sociedad era necesaria, pues con ella se conseguía que el obrero enfermo no tuviese necesidad de ingresar en el hospital, porque en el socorro de tres pesetas diarias, médico, botica y entiero, se cubrían las atenciones domésticas y se evitaba el duro trance de separarse de seres queridos.

Pues nada; llamad en cuartos deshabitados, en almas sordas; nadie me contestó en sentido favorable. Documentos cañan.

También en la calle del Marqués de Urquijo hay un San Antonio que percibe donativos (ó sus tutores) de miles de pesetas, según va un *Boletín* de ingresos. ¿Sabe usted dónde va á parar ese dinero? El señor encuadernador y compañeros de explotación podrían darnos noticia.

Pienso enviarle un presupuesto del gasto diario en casa de un obrero cuya familia se compone de matrimonio y un hijo, para ver si el señor Lacriera resuelve el problema que nosotros no podemos descifrar.

Me adhiero á la idea de los sellos, y, sin asignar cantidad, adquirire cuánto pueda y haré cuanto propaganda me sea posible. Es decir, ven teré entre mis amigos.

UN TIPOGRAFO

20 Enero. El artículo de *El Correo* á que se refiere el anterior, es el siguiente:

EL NIÑO MILAGROSO

Entre las personas devotas, y especialmente entre las muchas señoras que en Madrid emplean su tiempo y su dinero en actos de piedad, se ha

Jespertado de poco tiempo a esta parte ardiente adoración por una imagen que tiene ya fama de milagrosa.

Se trata de un Niño de Dios que posee un encandorador de la Costanilla de los Angeles, el cual le ha habitado junto a la tienda una capilla, abierta todo el día para los dichos devotos y devotas, cuya peregrinación es constante y cuya calidad se anuncia por los coches particulares que casi siempre se ven parados a la puerta.

La casa visitada es la del núm. 4 de dicha calle. El oratorio en miniatura está dispuesto en un recinto que debió ser gabinete y alcoba de la casa, y que hoy, convenientemente empapelado y adornado, contiene al fondo un altar, sobre el cual y entre profusión de velas encendidas, aparece dentro de un templete apropiado, la imagen del Niño Jesús, de talla, vestido con un traje de seda ricamente bordado de oro; a los lados hay otras imágenes más pequeñas, y encima y a los lados, cuadros de asuntos religiosos.

No faltan votos del naciente milagroso santuario, ni tampoco para las limosnas, y a los lados, cuadros de asuntos religiosos.

Se cuentan sucesos y aun prodigios que no hemos ahora de describir, aunque si es asombroso lo que se oye y lo que se ve y que se ha producido una peregrinación que el espectador más distraído puede advertir, siendo de notar que esta vez, aún más que el sencillo pueblo, son las clases acomodadas y las señoras de buena posición las que han extendido la fama del Niño milagroso, a quien regalan trajes y alhajas, algunas de las cuales, a causa de su riqueza, hemos oído que se han depositado en el Banco de España.

El encuadernador debemos presumir que no volverá de su asombro al ver lo que está pasando; pero como una fuerte convicción impulsa a las señoras que visitan su casa, ha establecido la especie de santuario de que de jamos hecho mérito, para que el decoro del sitio corresponda a la devoción.

El Correo, al rotular la farra, no se atreve, como se ve, a estampar ni una palabra coidenándola.

Retrocédemos a toda prisa a los primeros años de este siglo, en que hasta ministros de la Corona iban a visitar a la beata Olari, a quién se le ponía huevos.

Y todo, absolutamente todo por culpa de la prensa liberal, tan descreída como cobarde, tan egoísta como hipócrita.

Se habla mucho, el día que aquí varían las cosas, de hacer algo muy gordo en los conventos. Quizás agradecería también mucho la causa de la civilización el que se diera otro disgusto, aun cuando no fuese del mismo calibre, en las redacciones de los periódicos que han hecho posible la venida y el entroncamiento de los frailes.

Esta no es más que una modesta idea que cometo humildemente a los que se hallen en condiciones de realizarla, sin reclamar por ello premio alguno. Estas cosas hay que propagarlas desinteresadamente, ó no propagarlas.

Piedad y corrupción

Decididamente nuestra aristocracia se ha hecho piadosa. No cabe duda alguna en este punto.

Por las mañanas llena la iglesia de los jesuitas; por las tardes se congrega en piadosísimas juntas; practica devotamente los ejercicios espirituales de San Ignacio; contribuye espléndidamente a todas las obras de la mayor gloria de Dios; lee novelas y libros que componen personas religiosas y limpias aun de la menor sombra de heterodoxia, y de todas maneras da señales de su fe inquebrantable y acendrado espíritu religioso.

Por eso tiene el paladar tan delicado en materias de moralidad.

En los teatros elegantes, con grande escándalo de Eusebio Blasco, hace suprimir las frases que pudieran empañar el terso espejo de la inocencia virginal; en los periódicos no quiere de ninguna manera que se ataque a los frailes y monjas, portacastandares de la causa de la moralidad; en las calles pide a grito herido que se supriman los pregones que anuncian los frutos de una literatura malisana, y en todas las manifestaciones de la vida social demanda la más acrisolada pureza.

Pues bueno; la aristocracia necesita hoy como nunca que vengan algunos misioneros con barbas hasta la cintura, cordón de nudos, pies descalzos y voz estentórea a convertirla al cristianismo, así como suena, al cristianismo, porque nuestra aristocracia no es cristiana y además está haciendo buenas todas las aberraciones, las molicies y vergüenzas del imperio romano.

Es un verdadero espanto ver cómo los jesuitas, a cambio de unos miles de duros para sus colegios ó sus residencias, han hermanado esa piedad de oropel, esas comuniones reparadoras y esos apostolados de la oración con todas las miserias, todas las hipocresías, todos los vicios y todas las infamias.

Siempre ha habido miserias, siempre las riquezas han sido incentivo de las pasiones y acicate para que las gentes corran por el camino de la corrupción; pero nunca como hoy las niñas pertenecientes a las clases más elevadas de la sociedad han llegado a avergonzarse a los hombres con sus procacidades y sus bromas indecentes.

Nosotros presenciamos no hace mucho un tresillo en que varias doncellitas cristianas hablaban de cortarle no sé qué a un pollo, y decían entre risotadas: *retírate de la mesa, porque Emilio tiene eso fuera.*

En ningún tiempo las mujeres casadas han hecho alarde como ahora de sus lios escandalosos.

«Marquesa, decía cierta señora encopetadísima delante de nosotros. Quiere usted venir esta noche al teatro Real conmigo?—No puedo, contestó la interpelada, porque no tengo ya tiempo de avisar a Paco.»

Paco era su amante; ella era casada, y el diálogo tenía lugar delante de varias personas.

En Madrid ha pasado a ser una institución un necio, esteta, muy gordo y muy antipático, el cual tiene puesto un lujoso piso, amueblado a escote por sus amigos, que todas son ilustres tituladas, en el cual piso tie-

nen seguro y cariñoso albergue amores más ó menos volcánicos que vienen a dificultar de un modo horrible el que unos cuantos maridos puedan ponerse el sombrero.

Eso sí, en aquella casa sucede con frecuencia que al sonido de los besos del adulterio se mezcla el de los rosarios de cuentas gordas que penden de las muñecas de aquellas jesuitas y religiosísimas Mesalinas.

He ahí, pues, el símbolo de nuestra sociedad aristocrática.

Una imagen de la corrupción abrazada a otra de la piedad.

GIL BIAS DE SANTALLANA

En Granada ha dado principio la visita de la causa por el crimen del castillo de Luchin.

El Fiscal pide la pena de muerte contra el célebre Juan Anguita, su madre y un hermano de ésta, por ser los autores de la muerte del padre del cura.

Se trata de pena terrible y no lo de hacer comentarios; pero publico la noticia, para demostrar una vez más, con hechos indubitables, que la religión no es un freno ni el sacerdocio un pararrajos del crimen.

Volver bien por mal

El muy virtuoso, casto, honorable é ilustrado padre Menni, ha llevado a BL. MOTIN a los tribunales en compañía de El País, Vida Nueva y otros periódicos, por haberse ocupado de su desinteresada y moralizadora gestión en el Manicomio de Ciempuelos.

Para que vea que no le guardo rencor por ello, reproduzco, aunque con gran sentimiento, esto que publica El Balmarte de Sevilla:

CARTA ABIERTA

Madrid 24 Enero 1900.

Al ilustrísimo Sr. Benito Menni: Querido Menni de mi alma! Eso se llama una plancha; aquello de la conciliación de esta mañana, en el juzgado de Buenavista. Usted citó, ante el juez de dicho distrito, a los directores de varios periódicos, por escritos anónimos, y señor don Canalla, no pudo usted hacer nada de provecho; usted vió el resultado, ¿nada, nada!

No, ilustrísimo bergante, violador de niñas; de hoy en adelante el alma de la campaña soy yo, siempre yo! Seré el caballero andante de la viuda y de la huérfana.

No quiero arreglo ni condición. Nada; al banquero usted, su carísimo amigo Rodrigo González, el indigno médico, y la alcahueta madre Angela. Ya notará usted que siempre estoy alerta, y que me interesa mucho por usted. E té sin cuidado, que todo lo que yo poseo de pruebas abrumadoras, y lo que he hallado, saldrá a luz.

Todo lo humanamente posible lo haré con gusto para que usted y sus viles cómplices reciban su merecido, y que el público todo sepa quiénes son ustedes.

No ve usted, querido Menni, que yo firmo todo lo que escribo, y que soy yo, siempre yo, el que en los periódicos de la corte, de provincias y del extranjero, pone de relieve sus altas virtudes, ¿no bruto?

Prepárese, pues pronto verá usted cosa nueva; que yo escribo mucho.

Sí, querido Angel Hércules Menni; ahora principia el verdadero baile de usted y de los duros de usted, que irán a juntarse con los 22.000 que dijo usted haberse gastado ya, y que tampoco producirán efecto esta vez. El músico soy yo, y no estoy dispuesto a causarme el primero.

La desgraciada madre de la infeliz Francisca Fernández S. millán, su víctima de usted (¿se acuerda usted? ¡canalla!) me ha encargado su defensa, y la rectitud de mi deber me ha hecho dar a la pobre señora mi palabra de honor, de esclarecer los hechos y hacer vivísima luz en este tenebroso asunto.

Le haré la luz, y si es que usted no me manda asesinar antes, usted y sus cómplices serán castigados, tan cierto como soy francés; hasta hoy, he cumplido mis palabras.

Hasta pronto, que tendremos el gusto de vernos... en el tribunal.

MARCEL LESCOUZERES

Jerte, 8, Madrid.

Sin la sombra de un temor firmo ésta, esperando que usted la leerá a su procurador, como lo ha hecho con las anteriores.

Nota.—Usted ve que no es anónima mi carta, ni tampoco los periódicos. Tampoco el oculto mi estado civil. ¿Entiende usted, Angel Hércules Menni (a) Benito Menni ó Padre Eterno?

MARCEL LESCOUZERES

Me apena el alma (ya me conocen ustedes), esto de que el nombre de un varón virtuoso no suene en los oídos profanos con todo el respeto á que tienen derecho los ministros del Señor; pero no he sabido resistir á la tentación de demostrarle al padre Menni cuánto me interesan todos sus asuntos y lo dispuesto que estoy á contribuir á que la fama de su santidad se extienda por toda España y el extranjero.

Que no coben pasiones mezquinas en mi pecho, y no iba yo á ocultar las alabanzas que se le dirigen, por que me haya llevado sin razón á los tribunales.

Era un gran hombre

Aparece un hombre de genio; es bondadoso, fuerte, magnánimo, útil para todos.

Como el alba apareciendo por encima del Océano, dora con los rayos de su ilustración las frentes de la multitud, derrama brillante claridad, aporta una idea al siglo que le espera, cumple su misión, trata de engrandecer los espíritus, de disminuir las miserias; desea el progreso, es feliz si consigue que se

piense algo más y se sufra algo menos.

¡Crocis que lo van á coronar! Pues lo silban. Escriban, sabios, retóricos, la aristocracia, el populacho, todos le silban á la vez, produciendo sin nuestra algarabía.

Si es orador ó ministro, le silban; si es poeta, todos exclaman á coro: ¡Es absurdo, falso, monstruoso, causa indignación! El poeta, sin embargo, mientras babea sus laureles, de pie, criticado de brazos, con la frente erguida y la mirada serena, contempla tranquilamente el ideal, y piensa.

Y de vez en cuando sacude una antorcha, que á sus pies y en la oscuridad, deambulando al odio, alumbrado de repente el fondo del alma humana.

Entre sus contemporáneos, entre las generaciones vivientes va sembrando la gloria y recoge la afrenta.

El progreso es el fin que persigue; el bien le sirve de brújula, y, piloto, se aísla en el puente del navío; los marinos para domar los vientos y las corrientes, ponen la proa hacia distintos puntos, y, para llegar mejor al puerto, dijérase que se desvían de él. El hace lo mismo, y oye vituperios é imprecaciones. La ignorancia, que todo lo sabe, lo denuncia todo; si se dirige hacia el Norte, comete un error; si se dirige hacia el Sur, se equivoca; si se encuentra con la tempestad, ¡cuántos se alegran!

Bajo tan enorme peso, al fin dobla la cabeza; van pasando los años y muere...

Entonces la envidia, ese demonio vigilante, se le acerca, le reconoce, le cierra los ojos, cuida de clavarle bien en el ataud, se inclina, escucha para espiar si verdaderamente está muerto, y enjugándose los llorosos ojos, exclama: «¡Era un gran hombre!»

VICTOR HUGO

DIA COMPLETO

Murio Eduardo de Palacio y entre ocho amigos ó diez lo enterramos de limosna y en secreto anteayer.

Cuando ya Palacio estuvo embutido en la pared, derramamos una lágrima á la memoria de aquel que fué nuestro amigo, y luego nos marchamos á comer con el g. an Eusebio Blasco, insigne escritor también, á quien admiro de veras, y desee qué á su vez, no le hagan los funerales entre el frito y el bistec.

Día completo fué el día veinticuatro de este mes. Entierro á primera tarde, banquete al anochecer. Apenas tuvimos tiempo de ponernos al nivel, riñiendo al otro la préz, alegré s con el que era, llorosos con el que fué, y trocando en pocas horas la gasa por el mantel.

Gracias á Dios se hizo todo, y sin ripio que perder enteramos y comimos y logramos quedar bien, sin que el difunto se pueda ni molestar, ni doler; porque en la fiesta se habló de todos, menos de él.

El mundo es así y debemos de tomarlo como es, y venirse con romances es solo una estupidez.

El yanto sobre el difunto, (yanto, de yantar; comer). Requiescat. El muerto al hoyo y el vivo... al Hotel Loglés.

Esto decía entre dientes, mientras tomaba café, uno de los comensales que asistieron anteayer por la tarde al camposanto y por la noche al Hotel.

JOSÉ DE LASERNA

IBUEN EJEMPLAR!

¡Vaya un curita el que presenta El País como perfecto modelo de la clase! Buenos, pero buenos han desfilado por las columnas de El Motin; mas como este Casanova y Losada, pequeños.

Llegó en 1878 á la aldea de Santa María de Quinta de Lor, partido de Quirogá, provincia de Lugo, sin ama, y servido por su hermana Juanita; pero en cuanto reunió unos montes, deshizo-se de ella, y se procuró una moza hasta allí, planteándole de golpe una cuestión que la obligó á escapar corriendo á su casa.

Virtuoso el hombre, digo, el cura, se presentó en la casa, habló á su madre de si tenía 6.000 reales dispuestos, la madre lo echó con éj. se templadas, y él se dedicó desde entonces á perseguir á toda aquella familia.

Después de varias afecciones pasajeras, cedió el ojo á una... Pero que hable El País: «Escogió al fin para su ama la única más joven y hermosa del pueblo, un pimpollo de quince años servido por una criada (su misma hermana), tan guapa á su vez, que el cura se le echaba, dándose por el más afortunado de la comarca»

en esto de ser servido por la juventud y la belleza.

«Dichosa él y dichosa la familia de la joven, cuyos hermanos fueron sacristanes, mouaguillos y amos del pueblo. Pero un día la niña tuvo hinchazón de vientre, el cura quiso enviarla á su casa mientras se curaba; la familia prefería esta curación en casa del mismo párraco... al fin la víspera del suceso, la pobre subía retorciéndose de dolores la cuesta empinada, que conduce á su casa paterna, donde poco después se cía llorar á un niño hermoso y rollizo, tan chulón que lo tenían siempre en la cueva! tan que no escandalizara.

«¿Qué en lo bautizó? Pues el padre... de almas, el mismo que lo enterró poco después y que intentó llevarse de nuevo á la madre; sólo que ésta dió en aborrecer al cura, se negó á servirle en adelante y se fué primero á otra casa y después á Lugo, á donde su examo le envió á curarse, la sigue, le ronda su casa, lo encuentra el dueño, señor Tejero, y le amenaza con meterlo á palos si vuelve por allí. «Oh des-Consuelo! No puedo vivir sin ella, decía el cura, edificando al pueblo; era el ornato de esta casa rectoral que alegraba con su presencia».

«Y para consolarse, el virtuoso párraco se llevó otra moza y otra criada, nueva familia prolieta para duena del pueblo, como sigue siendo actualmente; duena y fiscal, porque informa al cura de cuanto pasa en lo íntimo de todas las viviendas, y el cura, como tanto brilla por su bondad y delicadeza, se mete de esos informes para reprender evangélicamente desde el altar á sus feligreses en términos como estos:

«¡Ese bruto de fulano, que tiene á misa sus afeitaras! ¡Esas cochinas que pasan la noche...! (aquí un gerundio que no puedo decirse en la prensa). ¡Eso bárbaro, esos gaodos (término suyo predilecto). Yo no tengo á nadie, me c... en todos; ¡aquí ni más rey ni más Roque, ni siendo yo...! ¡que me murmuráis si á la fulana le dieron una peseta falsa los mitos, valiera más no fuérais tan...! (aquí las cuatro letras que no pueden decirse...!) ¡Qué unción evangélica la del cura!»

El negociado de los ochavos lo maneja también admirablemente; á más de un pobre le ha hecho vender tierra para que le pague, y á varios cadáveres los ha tenido dos días insepultos por no haber dejado el entierro en su testamento, como al de don Manuel Nunz. Porque se le resistió un feligrés, lo empapeló; en cambio, como cobra más de lo justo, se niega á dar recibo de los entierros, á no ser que le obliguen ante el juez.

Se quiere casar un feligrés, ve el cura si dejó de hacer funeral á su padre, á su tío, ó á su abuelo y lo mismo la novia, y no procede ó casar ó dar documento alguno que necesiten, si no hacen los funerales atrasados.

Ha inventado unos sellos ó chapas p obatorias de haber sido aprobado el individuo en examen de doctrina, las vende á diez céntimos y á quien no las exhibe ¡al tiempo de comulgar! le niega la comunión.

Con tales recursos, el que llegó al pueblo con cuatro mil reales, posee ahora ochocientos duros.

En la observancia del culto y en el decoro del templo cometo mil barrabasadas; basté decir que hasta bautizó á un niño sin padrinos; por ser la madrina aquella moza que tanto lo despreció, poniéndole además nombre distinto del que constaba en el registro civil.

¿Que tal el ejemplo? Es soberbio. Y siendo como es, no podía ser menos de ser enemigo de la prensa. Desde El Imparcial hasta La Epoca, desde el Heraldillo hasta El Motin, todos caen bajo su excomunión, contra todos arremete, á todos dilama. Mas se comprende; no he sabido todavía que un ladrón elogié á la Guardia civil.

El País, indignado, después de relatar los hechos del Casanova, exclama:

«¿Para qué seguir? D- predaciones, escándalos, despoismo opresor, abuso de autoridad, o lio y venganzas, desplantes cruces; así gobiernan como lobos, no como pastores, á sus pacientes ovejas muchas curas de España; así los forma el seminario, así los consienten los gobiernos, así... así no será extraño que el día de la justicia sea tan tremendo, que deje recuerdo para muchas generaciones.»

Bueno, colega, bien. Sólo que hay falta de lógica entre lo que piensas y lo que escribes. Si es preciso que el día de la justicia dejé recuerdo tremendo ¡por qué lamentar que haya curas así? Al contrario, son los que nos hacen falta, los que yo amo, los que yo amo. ¿Cómo diablos podríamos librarnos de ellos en lo por venir, si todos fueran buenos, desinteresados, castos y prudente? Per míteme, por lo tanto, felicitar á ese pater gallico y darle un entusiasta viva. Sí, ¡viva Casanova!

Cosas Literarias y Artísticas

LA CODORNIZ

Era en verano; vivía yo entonces con mi padre en una ciudad de la Rusia meridional. A nuestro alrededor, en muchas veras de distancia, no había más que estepas. Ni bosqu-s ni arroyos; valles poco profundos, alfombrados de ramaje y de verduras aquí y allá, extendiéndose semejando serpientes verdes.

Mi padre era cazador de pura sangre; así que sus trabajos se le permitían, cogía el fusil, se ponía su morral, silbaba al viejo Tesoro y se marchaba á cazar codornices ó perdices.

A menudo me dejaba acompañarle en estas cacerías, y, loco de contento, metía yo mi pantalón dentro de las polainas, echaba mi cantimplora á la espalda y ya me parecía que era un verdadero cazador. El suelo me inundaba, la arena se me metía en los zapatos, pero no sentía la fatiga ni me separaba de mi padre un paso.

Cada vez que sonaba un tiro y el animalito caía, daba yo un salto exhalando gritos de placer. El pájaro herido agitaba sus alas, ya en la gora, ya en la boca de Tesoro; su sangre corría, y yo estaba encantado sin experimentar el menor sentimiento; ¡cuánto hubiera dado por tirar yo mismo, y matar así perdices y codornices! Pero mi padre no quería que yo tuviera fusil hasta la edad de diez años, y aún había que esperar.

Un día salí de caza con mi padre. Tesoro, que, como siempre, iba delante, se puso en acecho; de pronto, casi de debajo de sus narices, salió una codorniz; el perro corrió tras ella y mi padre no se atrevió á tirar por temor de alcanzarla. De repente le vi dar un salto, coger la codorniz y traerla á mi padre. Esto la cogió y la puso sobre su mano boca arriba; yo me precipité hacia él y le dije:

—¿Qué tiene? ¿Está herida? —No—me respondió—pero debe tener el nido cerca y se la ha fingido herida, para que el perro, pensando cogerla fácilmente, la siguiera.

—¿Por qué hace eso? —Por alzar al perro de sus pequeñas, después de lo cual se hubiera marchado de un vuelo. Pero esta vez le ha salido mal la cuenta, porque Tesoro la ha cogido.

—Entonces, ¿no está herida? —No, pero vivirá poco; el perro debe haberla lastimado.

Me acerqué para ver la codorniz de cerca; estaba inmóvil sobre la palma de la mano de mi padre; su cabeza colgaba; su ojo negro me miraba de costado. De pronto me entró una gran lástima. Parecíame que el pobre animalito me miraba y p-nsaba: «¿Por qué me matan? ¿Por qué? ¿No he cumplido con mi deber? Yo intentaba salvar á mis hijitos, llevándolos al perro lejos de ellos, y me ha cogido. ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! ¡Esto no es justo; no, esto no es justo!»

—¡Papá! Puede ser que no se muera—decía yo acariciando la cabeza del pájaro. Mi padre me respondió:—Sí, mira y verás cómo se muere.

Efectivamente, sus patitas se estiraron, todo su cuerpo se estremeció y se cerraron sus ojitos. Yo me eché á llorar.

—¿Qué le pasa?—me preguntó mi padre. —Tengo pena... le respondi. Ella ha cumplido con su deber y se la mala; ¡Eso no es justo!

—Ha querido echársela de astuta, dijo mi padre, pero Tesoro ha sabido más que ella. Mi padre quiso meter la codorniz en el morral; yo le rogué que me la diera. La puse entre mis manos y la calentaba con mi aliento esperando que reviviera; pero no se movió más.

—Perdes el tiempo, hijo mío; no la resucitarás.

Yo le levantaba despacio la cabeza cogida por el pico; pero así que la soltaba volvía á caer.

—Papá, ¿quién alimentará á su hijo? —No le inquiete eso, dijo mi padre; los criará el macho. Mas, espera... Mira á Tesoro que se pone en acecho. ¡Si será el niño?... ¡Si! ¡Si! ¡Si!

Efectivamente, entre los tallos de yerba, á dos pasos del hocico del perro, vi cuatro codornices que se estrechaban unas contra otras, con el cuello tendido; respiraban tan aprisa que parecía que temblaban. Ya tenían algunas plumas, pero las colas muy cortas aún.

—¡Papá! ¡papá! grité; ¡llama á Tesoro, que los va á matar también!

Mi padre llamó al perro, fué á sentarse un poco más lejos y se puso á almorzar. Yo me quedé cerca del nido rehusando comer; saqué del bolsillo el pañuelo y metí la codorniz...

—¡Mirad, pobres huérfanos, á vuestra madre, que se ha sacrificado por vosotros!

Los pequeños, como siempre, respiraban rápidamente y palpitaba todo su cuerpo.

Me acerqué á mi padre y le dije: —¿Me regalas la codorniz?

—Si la quieres... Pero ¿qué vas á hacer? —Voy á enterrarla.

—¿A enterrarla? —Sí, al lado de su nido; dame un cuchillo para que cave la fosa.

Mi padre buscó su cuchillo y me lo dió sin decir palabra.

Me puse á escarbar la sepultura; luego besé á la codorniz en el pecho, y la coloqué en el fondo del agujero echándole tierra hasta nivelarlo. Después corté una ramita, hice una cruz atándola con yerba y puse esta cruz sobre la tumba.

Cuatro ó cinco días después volvimos al mismo sitio.

La cruz me indicó el sitio de la tumba; pero el nido estaba vacío. Mi padre me aseguró que el macho se había llevado la cría á otro sitio. Un momento después lo vimos salir de una zarza; mi padre no le tiró y yo pensé:—¡Papá no es malo! ¡Y cosa singular! desde entonces mi pasión por la caza se enfrió y no volví á pensar en el fusil prometido.

Mucho tiempo después fué á cazar con un amigo; era la caza de perdiz por reclamo; vi llegar al pobre macho echado como andole á su amada, y cuando se puso á tiro di una palmada y se marchó; mi compañero se puso furioso.

—¡Has echado á perder nuestra caza, me dijo. Desde aquel día, matar, verter sangre se me hizo odioso.

IVAN TOURGUENEFF

RECORTE

Los hipócritas se indignan. «¿Por qué—preguntan—predicar el odio, la división? ¿Por qué ensanchar las heridas de este pobre país destrozado? ¿Esta es una obra impial?»

Nosotros amaremos á los que nos amen. Cuando los ricos amen á los pobres, los pobres amarán á los ricos. Nosotros amaremos á los que amen lo que nosotros amamos: la verdad, la libertad, la justicia. Y precisamente porque amamos mucho y bien, odiamos con igual intensidad. El amor es el odio; el odio es el amor. Todo es uno.

Amar la verdad, la libertad, la justicia, es aborrecer la mentira, la opresión, la iniquidad; es odiar á los mentirosos, á los explotadores y á todos los que les apoyan y sostienen. El moderado, el hombre neutro que no odia el mal y los malhechores, es un malhechor posible ó probable que sólo espera una ocasión para manifestarse como tal.

URBAIN GOMIER

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo. LOS REYES CON MOTIN, por El Motin. CON LIMOSNAS, LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, LA VERDAD EN EL VATICANO, INCURSO DEL OBISPO STROSSMAYER. JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo. LA MUJER Y LA IGLESIA, por J. MONTA SAGRADA, ó instrucciones reservadas de los jesuitas. LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por N. PRESILLO. ¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Lieja. CARTAS DE TAYLLERAND al obispo de Clermont y al abate Maudy. CARTA DE TAYLLERAND al Papa Pío VII. POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «EL MOTIN».

LA VERDAD Y LA IGLESIA, por Laurent. MÍSTICAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras. MÁXIMAS PASTORALES de los Jesuitas, ídem, ídem. CARTA A EUSEBIO, por Frère. O CATORCENARIO DE DEMOCRACIA, por F. Laurent. LAS SESENTA Y SIETE CELEBRACIONES DE ZAPATA. DIRIGIDAS A UNA JUBILACIÓN DE DOCTORES, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.

EL MOTIN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. —Extremadura y extranjero, trimestre 2,00.—Número único, 20 céntimos.—Añadido, 25.—Correos postales, 25 números, 4,50 pesetas.

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO EN EL PRESENTE SIGLO

varias poblaciones del reino tantos otros cuyos nombres permanecen olvidados, por estimarse delito entonces dar publicidad á estas noticias.

Y vamos ahora á uno de los hechos más criminales del reinado de Fernando VII, si es que puede establecerse gradación en cierta clase de crímenes.

El gobernador militar de Málaga, don Vicente González Moreno, publicó un edicto autorizando á toda clase de personas para el descubrimiento de los que hablaban mal del rey y en favor de los liberales, ofreciendo en el acto de la delación una recompensa de cien duros y la promesa de que sería guardada su denuncia con el mayor secreto; y si el delator era militar, ó sufría condena de presidio, á más de la gratificación, serían los primeros recomendados por su buen servicio y para los segundos se impetraría la piedad del rey.

Al poco tiempo se dirigió bajo el pseudónimo de Viriato al general Torrijos, que continuaba en Gibraltar, asegurándole en una y otra carta que tan pronto como pisara el suelo español encontraría todo dispuesto para triunfar.

Torrijos, deseoso de mostrar su valor y su amor á la libertad, lanzóse en 30 de Noviembre al mar con algunos íntimos, 52, en dos barquichuelas, desembarcando en Fuengirola. Sin desconfiar siguió hasta la alquería del conde de Molina, á ocho kilómetros de Málaga y allí se vió bloqueado por tropas de línea y realistas.

Creyendo al ver á González Moreno que estaría allí por disimular, le envió al teniente coronel de artillería López Pinto para llegar á un acomodamiento que honrase á todos. La respuesta fué, que si antes de seis horas no se rendían, todos recibirían la muerte.

Después de pensarlo mucho y de conferenciar con González Moreno, Torrijos y los suyos se rindieron el 8 de Diciembre, siendo él encerrado en el cuartel y sus compañeros en la cárcel.

Inmediatamente aquel infame gobernador militar, niengua de nombre español, baldón de la raza humana, dió cuenta de su hazaña al rey, en tanto que el subdelegado principal de policía de la provincia decía al gobierno:

«En mi oficio de 30 del próximo pasado manifestaba á V. E. que en el estado que tenía la combinación simulada con el rebelde Torrijos, para atraerlo á estas costas, marchaba yo á esperar al punto de desembarco convenidos, como lo ejecuté en la noche del mismo día del citado mes anterior, en la que no se presentó aquel, ni en la siguiente primero del actual, en que también me dirigí al mismo sitio; por cuya razón me restituí á esta ciudad; pero á las pocas horas de mi llegada, recibí un aviso del comandante de la columna, de hallarse á la vista buques sospechosos. Con este motivo parti inmediatamente, y con efecto, en todo mi camino observé dos que por su porte, movimientos, dirección y maniobras, parecían ser los que se esperaban, permaneciendo en las posiciones que ocupaban desde las diez de la mañana del 12 hasta que cerró la noche. Teniéndolos por los conductores de revolucionarios, se hicieron en tierra las señas ajustadas, tanto de día como de noche, á que no correspondieron; bien que mal pudieron hacerlo, cuando á la misma hora desembarcó Torrijos y su gavilla en las costas opuestas del O., obligados á ello por la persecución de los buques de la empresa que los hizo encallar, etc.»

A matabalón recibió González Moreno la orden del rey para fusilar á aquellos valientes, y á las 8 de la noche se puso á Torrijos con sus 51 compañeros en capilla en el refectorio del convento del Carmen. Allí, confortándose mutuamente, esperaron con serenidad y entereza su fin que le llegó cerca del mediodía siguiente. Torrijos, que no pudo conseguir siquiera que le permitieran mandar el piquete, escribió á su esposa esta conmovedora carta en la capilla.

«Málaga, convento de Nuestra Señora del Carmen, el día 11 de Diciembre de 1831, y el último de mi existencia.

Amadísima Luisa mía: Voy á morir, pero voy á morir como mueren los valientes.

Sabes mis principios, conoces cuán firme he sido en ellos, y al ir á perecer, pongo mi suerte en la misericordia de Dios y estimo en poco los juicios que hagan las gentes. Sin embargo, con esta carta recibirás las papeles que mediaron para nuestra entrega, para que veas cuán fiel he sido en la carrera que las circunstancias me trazaron y que quisiera ser víctima para salvar á los demás. Temo no haberlo alcanzado, pero no por eso me arrepiento.

De la vida á la muerte no hay más que un paso, y ese voy á darlo sereno el cuerpo y el espíritu. He perdido mandar yo mismo el fuego á la escorta; si lo consigo, tendré un placer, y si no, me someto á todo, y hágame la voluntad de Dios. Ten la satisfacción de que hasta mi último aliento le he amado con todo mi corazón. Considera que esta vida es misera y pasajera, y que por mucho que me sobrevivas, nos volveremos á juntar en la mansión de los justos, á donde pronto espero ir, y donde sin duda te volveré á ver tu siempre hasta la muerte.—José María Torrijos.

P. D. Recomiendo á tres Tomás, á mi abuelo y al griego, y á todos mis amigos, que te atiendan, te consuelen y protejan, considerando que lo que hacen por tí, lo hacen por mí.

Te remito por Carmen el reloj con un cinta de pelo, única prenda que tengo que poderte mandar. También te enviaré Carmen lo que haya sobrado de quince onzas que tenía conmigo. Carmen se ha portado perfectamente.

Adiós, que no hay tiempo. El te dé su gracia y te dé fortaleza para sufrir resignada este golpe. Por mí no temas. Dios es más misericordioso que yo pecador, y tengo toda la resignación y toda la fuerza que da la gracia.

En el cementerio de Málaga descansan los cadáveres de aquellas víctimas, excepto el de Torrijos, que yace en el modesto monumento levantado á su memoria en la plaza de la Merced. Declarados beneméritos de la patria, sus nombres deben recordarse por todo buen liberal. He los aquí:

Don José María Torrijos, general; don Juan López Pinto, teniente coronel de artillería y jefe político de Calatayud en 1823; don Roberto Boyd, oficial inglés; don Manuel Flores Calderón, ex diputado y presidente de las Cortes; don Francisco Fernández Gollín, diputado á Cortes en 1820 y ministro de la Guerra en 1823; don Francisco Ruiz Jara, primer ayudante de la Milicia nacional de Madrid; don Francis de Borja Parodiño, comisario de Guerra; don Pablo Verdeguer de Osillas, sargento mayor del primer batallón de la Milicia nacional de Valencia; don Manuel Real, oficial de hijo del general Real, don Ramón Ibáñez, piloto de altura y oficial de la Milicia nacional de Valencia; don Domingo Valera Cortés, capitán de la Milicia nacional de Valencia; Francisco Benavál, oficial de la columna de la isla de

León, en el pronunciamiento de 3 de Marzo de 1831; don Francisco Arcas, capitán de buque mercante; don Juan Manuel Bobadilla, don Pedro Manrique, don José Guillermo Cano, don Angel Hurtado, don José María Cordero, José Cacer, Francisco Arenas, Manuel Vidal, Santiago Martínez, José García, Ignacio Alonso, Antonio Pérez, Manuel Andreu, Andrés Collado, Francisco Julián, José Olmedo, Francisco Mora, Gonzalo Márquez, Vicente Forje, Antonio Domé, Francisco García, Julián Osorio, Pedro Muñoz, Ramón Vidal, Antonio Prada, Magdalena López, Salvador Ledó, Juan Sánchez, Jaime Cabzas, Lope de López, Vicente García, Francisco de Mundi, Lorenzo Cobos, Juan Suárez, Manuel Bado, José María Galisís, Esteban Suay Feliú, José Triay Marquedal, Pablo Castel Pulicer, Miguel Prast Prato.

«Hay motivos para creer, dijo la viuda de Torrijos en el libro que escribió después con los comprobantes de la traición de González Moreno, que algunos de los comprendidos en esta lista por ella corregida, tienen cambiados sus nombres, por la precipitación con que se llevó la ejecución ó porque algunos los ocultaron. ¡Qué horrible el morir anónimamente fusilado!

Desde aquella monstruosa iniquidad, González Moreno fué conocido por el Verdugo de Málaga, si bien pudo consolarse con el ascenso á teniente general que su digno rey le otorgó y con la felicitación que le dirigió el cabildo de aquella ciudad; que así despertaban los eclesiásticos las pasiones, sembrando el encono y la zizaña que había de desecar el suelo patrio.

El desenlace de la espantosa tragedia que venía representándose desde 1814, se acercaba.

Guloso, ulcerado, derramando pus, testimonio incontestable de sus inmundos vicios, casi imbecil, sentado en un sillón con ruedas para moverle de un lado á otro y con muelles, que le permitiese tomar posturas diferentes; torpe de expresión, tardado de palabra y asaltado de presentimientos y temores, así estaba á los comienzos del año 32 aquel bandido coronado, verdugo de los españoles.

Por sí se aliviaba lo trasladaron á la Granja el 30 de Junio, donde, además de su familia, estaba la más alta representación del partido apostólico, Calomarde, el obispo de León, el conde de Nendia, y el P. Carranza, privado de la intolerante mujer de su hermano, y propósito de los jesuitas.

Y allí, sin darse apenas cuenta de si existía ó no, pasaba el tiempo reostado en su sillón, mientras Cristina le curaba, y los infantes, los ministros y el alto clero conspiraban en el cuarto de don Carlos para que la corona fuese á éste.

Agravóse Fernando con el calor, y quedó en un estado en que ni cuenta de la existencia se daba, asistido constantemente por su esposa, mientras en otras habitaciones seguran conspirando infantes, ministros y alto clero, acechando su muerte como el tigre su presa, para proclamar rey á don Carlos.

Comprendiendo María Cristina la situación, el 17 de Septiembre y en un momento de relativa lucidez de su marido, llamó á Calomarde y le preguntó qué convenía hacer ante la proximidad de una catástrofe, á lo que le respondió que si el rey moría, la nación se pronunciaría en favor de don Carlos, y que la mejor solución sería interesar á éste dándole participación en el poder, opinión que compartía con el obispo de León y el cuerpo diplomático, exceptuando los embajadores de Francia é Inglaterra.

Algo parecido se intentó hacer, pero don Carlos salió por peteneras, diciendo que muerto su hermano mayor, esa conciencia y su honor le mandarían entonces lo que Dios le había concedido cuando nació su hermano segundo y cuando Dios no le concedió hermano varón.

Aquella noche se agravó la enfermedad del rey, y acosada Cristina por aquellos buitres que esperaban ansiosos el momento de arrojarle sobre el cadáver, ante el temor de una guerra civil, tuvo un generoso arranque, y exclamó: «Que España sea feliz y disfrute de orden y paz, y llamando á Calomarde, se extendió un codicilo-decreto que derogaba la Pragmática-Sanción, que firmó el rey sin conciencia de lo que hacía.

El gobernador del Consejo de Castilla, don José María Puig, á pesar de haberse encargado que se guardara riguroso secreto sobre el documento, mandó copia de él al infante don Francisco, notificándole además á don Carlos y los infantes.

En esto caía Fernando en un gran letargo; se le creyó muerto, y los apóstólicos enviaron á Madrid copias manuscritas del codicilo-decreto, que sus partidarios fijaron en los sitios públicos con grandes muestras de alegría.

En el cuarto de don Carlos el regocijo era inmenso; doña Francisca, creyéndose ya reina, abrazaba á su hermano; se daba tratamiento de majestad al infante; el P. Carranza y los suyos se felicitan mutuamente y hablaban de los decretos de resurrección del Santo Oficio y exterminio de los herejes; y el obispo de León juraba, sacudiendo el pectoral, que los liberales no levantarían ya cabeza.

De pronto corre la noticia de que el rey no había muerto, y la consternación entra en el bando carlista; su esperanza se desvanece, mucho más cuando ven que el alivio se inicia.

El día 22 llega á la Granja la infanta Carlota que, al saber lo que ocurría, había volado al lado de su hermana; se encierra con ella, le echó en cara su cobardía y llama á Calomarde. Llega este hipócrita, le increpa, él se disculpa entre sumiso y altanero, y entonces doña Carlota se indigna y le honra cruzándole la cara de una bofetada, apoderándose á la vez del original del codicilo-decreto suscrito por el rey y que hizo pedazos en el acto.

Esto, y la miserable conducta de los carlistas, hizo que parte de la nobleza, el ejército, las clases elevadas y la clase media hiciera suya la ofensa inferida á Cristina, y que ésta se encontrase súbitamente con un partido poderoso y dispuesto á los mayores sacrificios; todo lo cual dió por resultado la caída del ministerio Calomarde en 4.º de Octubre. Confinado á la ciudadela de Menorca, se ocultó en el convento de franciscanos de Hija hasta que pudo entrar en Francia disfrazado de monja Bernarda. Los liberales que allí encontró llenaron de insultos y de ultrajes; los carlistas no le admitieron; en Roma fué mal recibido; se retiró á Tolosa y allí murió oscuramente el año 42 sin haber vuelto á pisar el suelo de la patria que había ensangrentado y arruinado.

Habilitada Cristina para el despacho el 6 de Octubre del 32, puede decirse que desde aquel momento comenzó á reinar, y comenzó rompiendo á las 24 horas la clausura de las Universidades, abriendo las puertas de la patria á casi todos los emigrados, hermosa medida que acabó de exacerbar al bando apostólico, y relevando á los sanguinarios generales absolutistas. Y eso que el decreto de 15 de Octubre, hipócrita en grado sumo, exceptuaba á los que tuvieron la desgracia de votar la destitución del rey en Sevilla y los que han acudido á fuerza armada contra la soberanía,

haciendo así que la amnistía no aprovechase á ningún verdadero reo de Estado.

Y prueba que no se basaba el decreto en ninguna idea noble y generosa, el que á los pocos días (3 de Noviembre) el conde de España envió preso á Montjuich á un oficial por el delito de haber iluminado su casa con motivo de la publicación del decreto de amnistía, y que el gobierno de Cristina mandó formarle la causa, sin duda para dar á entender el espíritu altamente expansivo que dominaba en las altas esferas.

Desde que se publicó el decreto de amnistía, los voluntarios realistas cometieron desmanes en todas las poblaciones. Algunas familias de los comprendidos demostraban su gratitud dando vivas á Fernando y á Cristina, gritos que los voluntarios realistas procuraban ahogar con los de viva el rey absoluto! Las autoridades mantenían á oscuras sus domicilios y los edificios públicos mientras los vecinos iluminaban, y el cultísimo y caballeroso gobernador de Alicante, se encará una tarde con las hijas de don José Andreu, que estaban en el balcón, diciéndoles: «Yo soy realista, señoras desecaradas, cochinas, p..., indecentes, viejas de m..., que nunca han dicho ¡VIVA EL REY! y ahora lo dicen». A las criadas de don Ignacio García les dijo también: «Cochinas, p..., indecentes, viejas de m...» Este caballero se llamaba Pedro Fermín de Iriberrí.

Al mes justo de publicada la amnistía, la liberal (?) Cristina se creyó en el caso de contentar á los realistas publicando por extraordinario de la Gaceta otro decreto, en el que se hacía entender que aquel acto de regia magnanimidad no debía en modo alguno ser motivo de esperanzas químicas en mudanzas de instituciones. Después de decir que los votos de los españoles por la salud del rey no eran más que el cumplimiento del deber, añadía:

«Caerá la cuchilla ya levantada sobre los que olvidados de la naturaleza de su ser, osaren exclamar ó seducir á los incautos para que aclamen otro linaje de gobierno que no sea la MONARQUÍA SOLA Y PURA, bajo la dulce égida de su legítimo soberano, el muy alto, muy excelso y muy poderoso REY el señor don FERNANDO VII, mi augusto esposo.»

De regreso la Corte en Madrid, el ministro de Gracia y Justicia ordenó al obispo de León volver á su diócesis en el preciso término de tres días, y recibió una contestación insolente y altanera, que debió haberle abierto al obispo las puertas del presidio para toda su vida, pero que no se las abrió.

El frenesí de los carlistas llegó al colmo con estas medidas, y hubo disturbios en Villaverde, Ateas, Mallorca, Ferrol, Santiago y Alicante, formando una partida en Valencia el capuchino fray Lorenzo de Belgida, que cayó en poder de los fusileros cerca de Andilla. También abortó una conspiración de guardias de Corps.

Los carlistas en tanto se preparaban á recoger el poder el día que muriese Fernando. Uno de los suyos, que asistía á todos sus conciliábulos, dijo: «Todos querían ser ministros, generales, intendentes; repartíanse los honores y condecoraciones con prodigalidad; y antes de conquistar el poder, ya se distribuían los despojos: pensábase en el botín antes que en la batalla.»

He aquí la proclama que el bando clerical repartió por Guipúzcoa en Noviembre:

«ESPAÑOL: Mientras toda la Europa se halla armada para la defensa de la legitimidad de Enrique V, una facción demagógica, venida desde las clases inmundas de París, para sumergirse en el abismo del ateísmo y de la herejía, trata de usurpar el trono de Carlos V, llamado por la ley fundamental de la monarquía por sucesor de San Fernando, cuyas virtudes inicia, y cuyo celo por la religión forma uno de los bellos rasgos que hacen el carácter de este singular príncipe, indicado por el cielo hace muchos años, y probado de diversos modos para ser un rey, según el corazón de Dios.

ESPAÑOL: Fernando, declarado ya inepto, no por los hombres, sino por Dios mismo, que lo tiene postrado en el lecho, del que no se levantará, y aun por sí mismo, en el hecho de haber nombrado para gobernar á su esposa, inepta legítimamente; Fernando, moribundo, ya no reina de hecho ni de derecho, pues está muerto civilmente. La facción apoderada de la gobernadora, ha puesto en convulsión á todo el reino. Una separación típicamente del gobierno de las capitales de los buenos vasallos del rey, sustituyendo á los más comprometidos en el sistema revolucionario de la Constitución y de las Cámaras, una amnistía indiscriminada, contra todos los principios de las naciones cultas; la instalación próxima de la carta francesa, que ha revolucionado la Europa; la minoridad sentada en el trono; la llamada de los franceses para auxiliar la usurpación de Cristina; la tolerancia de todos los cultos; la extinción de los voluntarios realistas, de los jesuitas y corporaciones religiosas; en fin, el exterminio del clero y del culto de Jesucristo; este es el cuadro lastimoso que os presenta en pocos días el gobierno mismo de Cristina.

Nieta legítima de María Luisa, parece destinada como aquella para traer á nuestro suelo la dominación extranjera. ¿Lo sufriréis, valientes del año 1808? Vosotros, que sin armas, ni ejércitos, sin recursos, perdidas las plazas fuertes os opusisteis á las victoriosas águilas del tirano Bonaparte, vosotros, que venisteis al llamado invencible, ¿os atreveréis á la vista de imponentes amenazas de una secta sanguinaria? No lo creo.

Carlos, el invitado y virtuoso Carlos, es digno de vuestros sacrificios, y puesto á vuestra cabeza, la victoria coronará vuestros esfuerzos, y su larga mano remunerará vuestro valor. ¡A las armas, voluntarios realistas! viva el rey absoluto, con Carlos V. regente, y legitimidad! ¡Mueran para siempre los ateos y los herejes, enemigos de nuestro Dios!

Bajo esta precaución de letra, no hecho, ni firme, se deben transmitir á los amigos del bien copias, y de unos en otros que vaya siempre en aumento. Pena de la vida tenemos si no trabajamos en salvarnos: la Gaceta lo dice sin rebozo.»

Esta proclama corrió mucho y produjo más efecto que los mil trabajos de propaganda anteriores. Ya entonces la existencia del rey «aparecía á una buja consumida, cuya luz no puede tardar en apagarse». Su estado cadavérico ofrecía hasta síntomas de visible descomposición. ¡Qué horribles aquellos últimos momentos de su vida! En su pasado sólo veía regios de sangre por él vertida, ruinas y desolación, y en el presente veía oscuridades tales, que á una persona de su confianza dijese con voz entrecortada y acento conmovido: «¡Yo no puedo evitarlo; á mi hermano le haría no narse al frente de sus partidarios, tan pronto como yo muera; pero ni puedo desheredar á mis hijas, ni creo que manejaré Carlos por los que abusarán de su honradez, haría feliz á España. Estoy aterrado, porque veo á España como un lienzo que fermenta dentro de una botella, cuya cubierta es mi vida. Ya verás, cuando mi muerte haya saltado el tapón de la botella, á donde va á parar el líquido.»

Por fin el 29 de Septiembre, á las tres menos cuarto de la tarde, murió el monstruo que tantas vidas había arrancado, sin confesar ni comulgar ni recibir la extremaunción.

Tan podrido de alma como de cuerpo, descomponiéndose éste tan aprisa, que fué imposible, como su viuda quería, no tocarle hasta que pasaran 48 horas. La misma noche del día en que murió despedía un hedor tan insostenible, que fué necesario encerrarle sin pérdida de tiempo en el ataúd, y aún así no podíase permanecer en la capilla. Se explicaba aquello por la larga y asquerosa enfermedad de que murió.

Llevado al Escorial á los tres días, allí quedó el cadáver del primer saltador de caminos de la historia.

Aunque seguros los liberales de que el poder había de ir á sus manos, sintieron miedo ante las graves complicaciones que prevenían; en cambio los carlistas estimáronse vencedores. Aumentó sus esperanzas la circunstancia de haber muerto Fernando sin ninguno de los sacramentos de la Iglesia. Desde que separó á Sáez, su confesor, siempre que quiso confesar, lo hizo con un capellán de honor; mas durante su larga enfermedad, bien porque no abrigaba dudas respecto á su salvación, pues á todos los malvados les ocurre eso, ó bien, y esto es lo cierto, porque la cosa le importase poco, no llamó á ninguno; y como no se confesó, no recibió la comunión, ni tampoco la extremaunción, á causa de lo rápido de su muerte y de las preocupaciones de la reina. De esto sacaron mucho partido entonces y luego los carlistas, que hoy mismo, y la afirmación es graciosa, colocan á Fernando VII en el número de los masones. ¡Cuántos en su furor apostólico han estimado descendencia maldita la dejada por quien, hallándose tantos meses en trance de muerte, no se cuidó de ponerse bien con Dios! Aún se oye á lo mejor hablar de esa majadería.

La muerte de Fernando VII no fué sentida por nadie; ni por liberales, ni por absolutistas; en cambio, el anatema de la historia cayó sobre él desde luego.

Todos los tiranos han tenido alguien que los alabe ó que los disculpe; él no. Y es que no hubo grandeza en ninguno de sus actos, ni aun dentro del fin que persiguió. Obró siempre como rufián villano; fué asesino de taberna, tan cruel como cobarde.

Un ilustre historiador concluye la narración de su vida con estas palabras, dignas de Tácito: «Al bajar al panteón el léretero, rompieron con él una grada de piedra, para que hasta su muerte causase ruinas; y durante la última ceremonia, era tal el hedor, que la comitiva no podía resistirlo y algunos individuos se desmayaron. Imágenes vivas del reinado de Fernando, porque en el sepulcro, exhalados los aromas de la lisonja, sólo queda la verdad, y la verdad de la tiranía es toda corrupción.»

Idolo de los españoles al subir al trono, al descender de él camino de la sepultura, era, según Alcalá Galiano, «mirarlo con horror por sus dolencias repugnantes, con lástima por algunos, poquísimos, con buena fe, siendo numerosos quienes deseaban su muerte.»

Otro ilustrado escritor contemporáneo ha dicho hablando de ese monstruo, conjunto de toda maldad:

«Fernando VII es uno de los seres más dichosos, personalmente, de que nos habla la Historia. Egoísta, inhumano, ingrato, avariento y sensual, satisizo cumplidamente y sin pararse en obstáculos, por sagrados que fuesen, todas sus inclinaciones perversas. Incepoz de todo amor, fué amante por su pueblo como ningún otro monarca de la tierra; cobarde, pasó por valiente; humillado de la manera más villana ante Napoleón, pudo regocijarse con la caída de éste; absolutamente excéptico en política, gozó unas veces persiguiendo y ahorcando á los liberales y otras veces introduciendo la discordia entre los absolutistas; incrédulo á ratos y á ratos supersticioso, la religión no le desamparó nunca; amenazado por los injustos y bárbaras pretensiones de su hermano don Carlos María Isidro, el primer pretendiente, no llegó á conocer los horrores de la guerra civil que, desde la muerte de Fernando, comenzaron á destruir la patria; perdidas en su tiempo las colonias de América, pudo esquivar la parte de culpa que en ello le tocara.

Y, finalmente, en sus últimos años, conociendo quienes habían de ser los más encarnizados enemigos de la monarquía legítima y quienes sus leales defensores, desvióse de aquéllos y acogió á estos últimos, no porque los tuviera simpáticos, sino por conveniencia propia, y más que por nada, por el bienhechor intujo de la insignie doña María Cristina, cuya hermosura, cuya bondad y cuyo clarísimo talento iluminaron y acariciaron los postreros días de la existencia de aquel hombre, que á ninguno de esos bienes se había hecho acreedor, y le permitieron morir en paz, de enfermedad horrible, helado y agusanado, como Felipe II, pero con el consuelo dulcísimo del cuidado femenino que la reina llevó á los más heroicos extremos.»

Don Joaquín Francisco Pacheco, hombre templado y sereno en sus juicios, dijo: «Cruel, disimulado, vengativo, avieso por espíritu y por reacción á las ideas de nuestra época, era un obstáculo permanente para toda idea noble y generosa. Celoso de su poder, con una suspicacia ridícula é impropia de un soberano... ¿quién lo su obra, añadió: «Desde Rodrigo, el que perdió á nuestros antepasados en la batalla de Guadalete, no se encuentra un hombre ni una época, que puedan compararse con su nombre. Ascendió al trono conspirando contra su padre en medio de una asonada que huella el poder real, y en seguida entrega la nación á un soberano extranjero que amenaza borrarla de la vida de los Estados. Sublévase el país por recobrarle y volverle su corona, y arrojando una sangrienta lucha que no había tenido ejemplo en los anales del mundo, ve sembrarse á inmolarse en su seno inmensos gérmenes de una espantosa disolución. La vuelta del monarca es señalada con un cúmulo de ingratiitudes y ceguedad, que no alcanza apenas á concebir el ánimo. Entre tanto desgárrase la monarquía hasta en las posesiones allende el Océano, y las conquistas de Cortés y de Pizarro se escapan á nuestra dominación... La perversión pasa de los hechos á las ideas, la inmoralidad cunde por por todas partes, la crueldad sucede al delirio y un egoísmo desolador se mezcla con las más desafortunadas pasiones. ¡Necesaria y tristísima consecuencia de aquel período: digna y brillante corona del que, si no había sido el primer culpable, era sin duda el más alto, el más constante, el más influyente de cuantos habían contribuido á nuestra pérdida!»

Como estos han hablado todos los historiadores nacionales y extranjeros.

No resisto al deseo de trasladar aquí la décima que dedicó á su muerte el docto católico don Saturnino Lozano, décima que circuló mucho:

Murió el rey y le enterraron: —¿De qué mal?—De apoplejía. —¿Resucitará algún día diciendo que los engañaron? —Eso no, que le sacaron las tripas y el corazón. —¿Si esa bella operación la hubiesen ejecutado antes de ser coronado... más valiera á la nación!

Siendo imposible calcular el número de víctimas que causó á España aquel hombre maldito, copiaré á continuación la brillante página que Villalba Hervás dedica al reinado de Fernando VII en su imparcial libro Dos Regencias:

«La propia mano que firmara las villanas cartas á Napoleón felicitándole por sus victorias sobre los españoles, suscribió el reconocimiento de la independencia de las que fueron nuestras colonias y la infame escritura de venta de la Florida á los Estados Unidos.

Durante aquellos días apocalípticos de 1808 á 1814 asombrosamos al mundo como guerreros y como legisladores; apenas pisó el suelo español el huesped de Valencia y se vió cuan fácilmente pudo restablecer el absolutismo y el Santo Oficio, y hasta lograr que la nación en masa fuese acusada, en documentos judiciales, de traidora y rea de lesa magestad. Europa nos hizo sentir su menosprecio en el Congreso de Viena.

En la guerra de aquel abominable período murieron no menos de 250.000 españoles. La reacción absolutista de 1814 proscribió 15.000; la de 1823 más cerca de 20.000; en los censals perdieron la vida cerca de 6.000. Un historiador (Miguel Agustín Príncipe) añade á este número los que fueron á presidio por sus opiniones políticas, y calcula que desde el 2 de Mayo de 1808 á la muerte de Fernando salimos por día á seis desterrados y plico, á 41 muertos en el campo y á justiciado y plico diario.

A ignorantes y fanáticos nadie nos ganaba en el mundo. «La decantada religiosidad de aquellos tiempos—dice el ilustre Mesonero Romanos—sólo se manifestaba en rosarios, procesiones y solemnidades; pero precisamente en ellas era todavía mayor el escándalo que la ignorancia de los predicadores producía en el templo del Señor, con manifestaciones de que hoy no se puede formar idea.» Jamás se vió, ni menos respeto á la propiedad, ni más relajación de costumbres, ni mayor audacia en los criminales.

El mismo escritor refiere en cuanto á lo primero, que hasta el gobierno y la real casa pagaban tributo á los omnipotentes foragidos porque no les causasen daños más considerables; y en punto á lo segundo, cita el caso de dos señoras que él conocía, arrebatada la una violentamente del brazo de su marido en una noche de verbenas de San Antonio, y arrastrada la otra hacia el cerro de San Blas, al salir de una tertulia, por dos hombres que arrollaron á su criado y sacaron en ella sus brutales apetitos.

Todo se vendía: desde los más altos destinos de la magistratura y de la Iglesia, hasta los cordones de cadete y los estancos del tabaco.

Cerróse las puertas de las Universidades y se prohibió la entrada de los diarios extranjeros. Persiguióse á sangre y fuego cuanto significara ilustración científica é literaria. A toda costa se llevó adelante el plan de embrutecer al pueblo, para tener, según la frase de Mirabeau, el derecho de despreciarle.

El más inocente desahogo tenía aparejada una condena de muerte; al zapatero Juan de la Torre le ahorcaron por haber exclamado: Libertad ¡donde estáis que no vienen?

«Tal fué—y no recargamos las tintas—el reinado de Fernando VII. Contemplem ese cuadro y meditem los que llevan tres cuartas partes de culpa en sus desoladas cabezas, como de sí mismo decía hace veinte años cierto general alfonso.»

Añadiré por mi parte, que si no hay modo de apreciar el número de víctimas, menos posible es calcular, ni siquiera aproximadamente, lo que importó la ruina, consecuencia de tantas persecuciones y de tantas guerras; pero sí que mientras Fernando tenía á su muerte en el Banco de Londres 500 millones de reales, aumentó la deuda nacional en 1.745.850.666 reales.

Muerto aquel bandido, estalló, como estaba previsto, la guerra civil, que acabó de arruinar y desangrar á España. Cristina y su corte no estuvieron á la altura de las circunstancias, y eso que estaban ya bien desahogados las dos tendencias que habían luchado al pie del lecho de muerte de Fernando y habían de luchar después en el campo; la tradición, amparada de la legitimidad, y el progreso, simbolizado en el nuevo trono, alzado sobre las ruinas del partido realista.

He terminado la recopilación de los principales horrores del absolutismo en el presente siglo. No renuncio á que me sirvan de base para escribir un librito sobre la época del 14 al 33, degradante y vergonzosa por una parte y por otra energética y viril. Las infamias y los crímenes del rey y de sus secuaces, quedaron por bajo del valor y la entereza de los liberales.

Mi objeto al publicar estos ligeros apuntes, no ha sido otro que el de enseñar á los que la ignorasen, y hacer que la recordasen los que la supieran, la historia de aquel reinado en que el clero dominaba, para que calculen lo que haría ahora si triunfase del todo.

Porque si entonces, que había hombres y hasta mujeres que sabían arrostrar destierros, presidios, martirios y hasta la muerte por defender la libertad, se atrevieron á tanto ¿qué no ocurriría ahora, habiendo tan pocos dispuestos á sacrificarse por ella?

Una cosa quiero hacer notar, para concluir, y es que la mayoría de los sacrificados eran militares, y de todas las graduaciones; y que por la enseñanza que dejaron y el ejemplo que dieron, fué posible que sus compañeros vencieran al clericalismo alzado en armas por don Carlos; resultado que forma triste contraste con lo ocurrido en nuestras Colonias, á donde hemos enviado grandes ejércitos al mando de generales, jefes y oficiales que nunca se habían sublevado.

Todo lo cual demuestra que el ejército español fué siempre liberal, y que su espíritu no ha decaído, antes bien se ha fortalecido en las luchas políticas de que hoy abominamos los que en la guerra no han logrado colocarse á la altura de Espartero, Narvaez, O'Donnell, Prim, Serrano, ni tantos otros como han reverdecido en este siglo los laureles del ejército español, todos ellos convictos del crimen de sublevación.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO;